Colaboradores.

Soledad Gustavo.
Luisa Michel.
Pedro Dorado.
F. Giner de los Ríos.
Juan Giné y Partagás.
Pompeyo Gener.
U. González Serrano.
José Esquerdo.
A. Sánchez Pérez.
Fernando Tarrida.
Francisco Salazar.
Alejandro Sawa.
Manuel Cossío.
Alejandro Lerroux.
Miguel Unamuno.
Anselmo Lorenzo.
Fermín Salvochea.
Ricardo Mella.
Adolfo Luna.
Jaime Brossa.
Ricardo Rubio.
Pedro Corominas.
José Nakens.
Nicolás Estévanez.
Doctor Boudín.
Donato Luben.

Gerente,

Federico Urales.

Administración:
7, SAN OPROPIO, 7
Madrid.

© Biblioteca Nacional de España

BIBLIOTECA
DE
"LA REVISTA BLANCA,,

LA CONQUISTA DEL PAN Por P. Kropotkine.—2 pesetas.

LA SOCIEDAD FUTURA Por Soledad Gustavo.—20 céntimos.

EL PROBLEMA SOCIAL Por P. Kropotkine, y la biografía de éste, escrita por Anselmo Lorenzo.—20 céntimos.

Almanaque ilustrado de «La Questione Sociale», para 1900.—70 cts.

LEY DE HERENCIA Drama en cuatro actos, por Federico Urales.—1 peseta.

HONOR, ALMA Y VIDA Drama en tres actos, del mismo autor.—1 peseta.

EL IDEAL DEL SIGLO XX Por Palmiro de Lidia.—20 céntimos.

LA ESCLAVITUD ANTIGUA Y LA MODERNA Por Emilio Z. Arana. — 30 céntimos.

LOMBROSO Y LOS ANARQUISTAS Por Ricardo Mella.—1 peseta.

SOCIOLOGÍA ANARQUISTA Por J. Montseny.—75 céntimos.

EL SOCIALISMO Y EL CONGRESO DE LONDRES Por A. Hamon.—1 peseta.

Conferencias populares sobre sociología. Por A. Pellicer.—75 céntimos.

LA PESTE RELIGIOSA Por J. Most.—20 céntimos.

La Sociedad, su pasado, su presente y su porvenir. Por Emilio Z. Arana. 25 céntimos.

EL ESPIRITU REVOLUCIONARIO Por P. Kropotkine.—20 céntimos.

La mujer y la familia. Por Emilio Z. Arana.—50 céntimos.

Colección del primer año de LA REVISTA BLANCA 4 pesetas.

LA LEY Y LA AUTORIDAD Por P. Kropotkine.—20 céntimos.

La Medicina y el Proletariado. Por Emilio Z. Arana.—30 céntimos.

EL AMOR LIBRE Por Carlos Albert.—2 pesetas.

© Biblioteca Nacional de España

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

AÑO III.—NÚM. 54. | ADMINISTRACION: SAN OPROPIO, 7.—MADRID | 15 de Septiembre 1900

SUMARIO

SOCIOLOGIA: *La evolución de la Filosofía en España*, por Federico Urales.—*Ideas propias*, por Donato Luben.—*La anarquía: su fin y sus medios*, por Juan Grave.
CIENCIA Y ARTE: *La herencia psicológica*, por Ch. Ribot.—*Crónica científica* por Tarrida del Mármol.—*Marido y mujer*, novela, por León Tolstoi.
SECCION LIBRE: *Sobre educación*, por Constancio Romeo.—*Para los compañeros*, por A. López Rodrigo.
TRIBUNA DEL OBRERO: *La revolución*, por José Pujol.

SOCIOLOGÍA

LA EVOLUCIÓN DE LA FILOSOFÍA EN ESPAÑA

III

LA FILOSOFÍA GRIEGA

El trayecto que recorre la filosofía oriental.—El ideal es una demostración de virilidad.—La misión de Alejandro en la filosofía griega.—Relación que existe entre la fuerza material y la intelectual.—La escuela de Mileto.—La de Elea.—Los eclécticos.—Los atomistas.—Los precursores de Sócrates.—En Sócrates la filosofía se presenta por primera vez unida á la psicología.—La ciencia y la filosofía socrática.—Influencia moral de las costumbres en la idea.—El escepticismo de los sofistas.—El ideal de Sócrates.—Duelo entre los sofistas y Sócrates.—La humanidad no puede vivir sin un ideal.—Los acusadores de Sócrates.—Su obra.—Sus continuadores.—Platón.—Sus condiciones.—Sus ideas.—Diferencia intelectual y moral de Sócrates á Platón.—La filosofía platónica.—Los discípulos de Platón.—Aristóteles.—Su pensamiento filosófico.—Diferencia intelectual de Platón á Aristóteles.—Las consecuencias de la filosofía aristotélica.—División de la filosofía á la muerte de Aristóteles.—Epicuro y Zenón.—La filosofía huye de Grecia.

Hemos hablado de las antiguas religiones y filosofías orientales, porque tuvieron tanta influencia en el pensamiento gentílico, como éste la tuvo en la filosofía de los pueblos cristianos, mahometanos y judíos, las cuales, en el saber universal, tuvieron después influencia decisiva.

La filosofía camina hacia Occidente: roza el Cáucaso, pasa por Armenia, por Siria, por toda el Asia Menor; entra en Turquía, en Grecia, en Roma; huye después de Atenas y de Roma; traspasa el Mediterráneo, instalándose al fin en Cartago y en Alejandría, adonde convergen las tres mochas religiones y en donde se forman las nuevas filosofías que han de conquistar mundo llamado civilizado, y han de ganar las inteligencias apreciadas comoltas.

El pensamiento encuera en Grecia un pueblo virgen y vigoroso. Tiene necesidad de luchar y lucha, no precisamente en pro de un ideal, en pro de cualquier cosa; el ideal lo constituyen pueblos que tienen energías para ello.

© Biblioteca Nacional de España

Quien reuna fuerzas físicas é intelectuales, hallará motivo para demostrarlo. Pueblos é individuos las emplearán en el arte de la guerra, otros en el arte propiamente dicho, aquéllos en la industria, éstos en el comercio, los de allá en las ciencias, los de acullá en la filosofía, y cuando se encuentran castas y generaciones que, cual las que constituyeron los hijos de Deucalión, reunen las cualidades necesarios para desarrollar, á un tiempo mismo, las más opuestas aptitudes y complejas facultades, estos pueblos ó estos individuos llegan á ser dueños del mundo, si no por su fuerza, por su ingenio; si no por su ingenio, por su talento.

Hubo un tiempo en que los reyes de Persia dominaron desde el mar Pacífico y el Cáucaso, hasta la Arabia, y desde el Mediterráneo, hasta la India. Por donde pasaron sus armas vencedoras, pasaron sus ideas filosóficas, y cuando Alejandro, emperador después de aquel vasto imperio persa, se puso al habla con los griegos, más para admirarlos y protegerlos, que para destruirlos, ya había habido antes un choque de cerebros, como en las Termópilas lo había habido de lanzas.

Las guerras y escaramuzas que Persia sostuvo con los griegos, atenienses y espartacos, venciéndoles y sujetándoles á su cetro, y con los macedonios, de los cuales fueron vasallos después, ayudó á engendrar la filosofía griega, puesta en contacto con la persa por las invasiones y las conquistas, y al respetar Alejandro la casa de Píndaro cuando incendió á Tebas, ya demostró que si la filosofía y el saber de Aristóteles habían conquistado su inteligencia, la virtud y la moral de Pericles habían hecho presa en sus sentimientos.

Es cosa digna de ser notada la relación que existe entre el poder de los brazos y el de los cerebros, así en los hombres como en los pueblos. Mientras Persia tuvo pensadores, tuvo guerreros que llevaban á lejanas tierras la obra de aquellos pensadores. Mientras Grecia contó con Sócrates, Pericles, Platón y Aristóteles, fué invencible y llevaba sus armas donde llevaba su fuerza cerebral. Muertos aquellos grandes talentos, decae el poder intelectual y material de Atenas, para engrandecerse en Roma con el brazo de los Césares; pero al desaparecer de este mundo los Cicerones y los Sénecas, llega también la muerte intelectual y material de la Ciudad Eterna. Por manera que, la fuerza de la inteligencia, como la de los brazos, realiza correrías y conquistas, y lleva de una á otra parte, no sólo las concepciones de los invasores presentes, sino los pensamientos de las razas que antes habían invadido á estos invasores. Grecia no condujo á Roma únicamente la filosofía de sus grandes hombres; con ella iba, además, la de los pensadores persas, como Roma llevó á todas partes la filosofía gentílica, compuesta entonces de elementos propios y de aquellos que habían esparcido los descendientes de Zoroastro. Y así como los pueblos fronterizos á un gran poder material son la primera víctima de ese gran poder, los pueblos lindantes á un gran foco intelectual son la primera presa de este mismo foco.

* * *

Mileto, hijo de Apolo y de Argea, va á Jonia, provincia del Asia Menor, y funda allí la ciudad que lleva su nombre. Pues esta ciudad del Asia Menor, una ciudad persa, podríamos decir, representa tan gran papel en la filosofía griega, que en ella hay una página que dice: «escuela de Mileto», llamada así por haberla fundado los pensadores hijos de aquella población, y con nombre más general se conoce, también en la filosofía griega, una escuela filosófica, la escuela jónica, por haberla fundado filósofos que nacieron en la Jonia, provincia asiática, dependiente un día de Persia, á la cual, como hemos dicho, pertenecía Mileto.

© Biblioteca Nacional de España

Grecia, con sus grandes energías, porque todo en el mundo es cuestión de fuerza, empléese bien ó mal, en esto ó en aquéllo, según lo exige uno ú otro ambiente social, lleva á Atenas las inteligencias y los sistemas filosóficos de Oriente, reconcentrándose en el brazo y en la inteligencia de los helenos, los poderes materiales, morales y filosóficos de los tiempos antiguos.

Thales de Mileto, uno de los sabios de Grecia y uno de sus primeros filósofos, dice seiscientos años antes de Jesucristo: «El principio de las cosas es el agua, la cual, dilatándose, produce el aire y el fuego, y condensándose, la tierra.»

Antes, los filósofos materialistas de Persia habían dicho, unos, como Paikar, que el principio de las cosas era el fuego, y otros, como Alar, que era el agua; pero tanto unos como otros dieron á las manifestaciones de la materia el mismo valor que le dió Thales de Mileto, demostrándose que la escuela materialista griega tomó sus ideas de las escuelas materialistas persas. Y si la filosofía materialista occidental es una evolución de la oriental, ¿no hay fundamento para dar el mismo origen á la filosofía espiritualista?

En pos de Thales fueron otros; fueron Anaximeno, también de Mileto; pero que daba al aire el valor que su maestro daba al agua. Anaximandro, de Mileto, como los dos anteriores, más indefinido en cuanto al carácter material que daba á la filosofía, reconoce, como principio de las cosas, una substancia indeterminada, casi abstracta, que no era ni el agua ni el aire. Pitágoras se presenta á su vez, con su metafísica matemática, ó con su matemática metafísica. Es discípulo de la escuela de Mileto; pero no sigue su orientación materialista. En Pitágoras se presenta, por primera vez en la filosofía griega, la transmigración de las almas que hemos visto en las filosofías orientales espiritualistas, y por este lado se realiza la continuidad filosófica espiritualista. Además, Pitágoras, como el filósofo persa Mazdak, se declara comunista, considerando que la propiedad individual es la principal fuente de la discordia.

Para que las almas se emancipen del pecado, tienen que sufrir varias metempsicosis, según Pitágoras. Las que se han dedicado á las malas artes y malas ciencias, reencarnarán en cuerpos inferiores; por el contrario, las que dedican al bien sus cualidades, serán perfectos y verán á Dios al fin de su evolución espiritual. Sigue Xenofantes á Pitágoras. La idea de un solo dios se manifiesta por primera vez en este filósofo en el pensamiento gentílico. Hay cosas que son y cosas que parecen ser. Entre éstas están los dioses y todas las cantidades; entre aquéllas está Dios y la idea de la unidad: uno. Dios es superior á los dioses y á los héroes del Olimpo.

Parménides y su discípulo Zenón de Elea, llevan á la filosofía griega la metafísica india. El Ser es lo único que existe, porque el no ser no es. El ser y el pensar son idénticos; existen porque son afirmaciones. Lo que no es no puede pensarse, y lo que se piensa es. El Ser es uno, absoluto, indivisible, eterno. Las cosas que tienen fin, sólo son apariencias de los sentidos.

Notarán los lectores la clase de elementos filosóficos espiritualistas que van constituyendo la filosofía helénica. Esto sucede antes del padre de aquella filosofía, antes de Sócrates; faltaban aún más de quinientos años para llegar á la Era Cristiana.

Para Zenón de Elea no puede admitirse la idea del movimiento, porque todo movimiento es cambio, lo que cambia es finito y lo finito no existe. El tiempo y el espacio tampoco existen para este filósofo; porque tanto uno como otro denotan idea de fin. Si las cosas cambiaran en el tiempo y en el espacio, existiría el fin de las cosas, porque cambiar es no ser lo que se era, ni lo que se será. Luego ó no existe lo que

© Biblioteca Nacional de España

cambia, ó no existe el movimiento. Si cada cosa en el espacio consta de partes infinitas que no pueden ser recorridas en un tiempo finito, ¿cómo podemos apreciar el movimiento? Y si no se puede apreciar el movimiento, ¿cómo puede existir lo que no se puede apreciar? El movimiento, pues, es igual al reposo. Lanzad continuamente una flecha y la veréis siempre fija en el espacio; por consiguiente, siempre estará quieta.

La filosofía de Eráclito de Efeso, tiene ya representación; es la de los materialistas de Mileto, ó jónicos, con todos los caracteres persas. La razón suprema es el fuego, origen del aire, primero, del agua, después, y de la tierra, al fin; todo por grados de condensación, y de cuya teoría participan aún hoy los llamados vulcanistas.

En metafísica pretende armonizar el ser con el no ser; unir los de Mileto con los de Elea, los especulativos con los positivistas, diciendo que nada nace ni nada muere; todo se transforma; el mundo no ha hecho más que transformarse desde el origen de los tiempos. También en nuestra filosofía contemporánea tienen representación las ideas de este pensador.

Anaxágoras, como Heráclito, es, ó pretende ser, ecléctico. Ni materialista, ni espiritualista. Sin embargo, inclinándose más hacia la escuela jónica, dice que de la nada nada se hace; que hubo de existir una materia primera en la cual todo estaba confundido en partículas infinitamente pequeñas y un principio inteligente, el espíritu, que la puso en movimiento. Con el tiempo y con la inteligencia se unió lo semejante con lo semejante, yendo al fondo la materia pesada, quedándose en la superficie la ligera.

Empédocles de Agrigento se declara también ecléctico. Dice que Dios se manifiesta como espíritu y como materia, como amor y como cosa sensible y capaz para adquirir cualquier forma. El universo es eterno; los cuatro elementos de que se compone, el fuego, el aire, el agua y la tierra, estaban confundidos en forma de átomos. Estos átomos se unen por la amistad y se desunen por la enemistad. El odio los separa; el amor los une y forma los organismos. Los sentidos diferentes de que la especie humana está dotada, compónense de los cuatro principales elementos, reuniéndoles todos el alma. Así ésta reconoce el agua mediante el agua, el aire mediante el aire, etc.

Además de las escuelas de los naturales de Mileto, de los de Elea y de los eclécticos, que se forman de ideas de ambas doctrinas, antes del esplendor supremo de la filosofía griega, existió otra escuela llamada de los atomistas, porque basaban sus ideas en la existencia del átomo. A esta filosofía pertenecieron Demócrito y Leucipo, los cuales dicen que la unión y desunión de los átomos produce la muerte y la vida. Los átomos no se distinguen por su esencia, sino por su forma geométrica, situación y disposición. Los átomos redondos forman el fuego y el alma; los demás constituyen los animales, las plantas y las cosas. El alma es sensible y razona, y por su sutileza tiene la propiedad de sumergirse en las cosas y de reconocer la virtud de ellas (1).

Para los atomistas, el fin de la felicidad, que se consigue por el placer y nos da idea de lo que es lícito, es la justicia y la educación.

***

Nos encontramos con Sócrates, y antes de hablar de su filosofía, conviene que nuestros lectores recuerden lo que han leído respecto los principios que constituyen las primeras nociones de la filosofía griega.

Hace poco tiempo que hemos regresado de Persia. Nos detuvimos en Jonia, provincia del Asia Menor, donde Mileto fundó una ciudad, á la que puso su nombre, y

(1) Esta idea renace en algunos de los filósofos árabes españoles de la Edad Media.

© Biblioteca Nacional de España

en esta ciudad, camino obligado de la India y de Persia, de la India, adonde llegaron las armas persas, y de Persia, adonde llegaron las griegas; países que puso bajo su cetro Alejandro, rey de Macedonia, comarca que formaba parte de Grecia, vimos los últimos resplandores de la filosofía persa y los gérmenes de la griega, y vimos también cómo los hijos de otra ciudad resucitaban las ideas metafísicas y espiritualistas de las filosofías orientales. Como siempre, de dos sistemas opuestos, del espiritualista y del materialista, se pretendió fundar una nueva teoría, á la que sus autores llamaron eclecticismo, teoría que se alimenta de las mismas ideas que se propone destruir, y que, en todo tiempo y ocasión, han intentado fundar los incapaces, y en vísperas de aparecer Sócrates, hemos reconocido en Demócrito y Leucipo una filosofía nueva que por vez primera habla del hombre al hablar de la educación. En este momento había de nacer Sócrates, el filósofo del hombre.

Éste no trata, ó trata muy poco, las cosas del otro mundo. Concrétase al estudio de la condición humana, y sobre ella funda su filosofía. Esto y el hecho de haber sido maestro de Platón y de Genofante, quienes propagaron la filosofía de su maestro de una manera magistral y adornándola cada uno con sus cualidades más salientes, han hecho de Sócrates un filósofo de nombre imperecedero, á pesar de que nada dejó escrito.

En su vida y modo de enseñar era Sócrates sencillísimo. Acudía á los pórticos, á las academias, á las plazas públicas, donde quiera que explicase el afamado genio que había llegado la víspera, y que con su charla y su ingenio hacía estragos en la mente de los que le escuchaban. Allí, con insignificantes preguntas, con interrogaciones sin interés, y al parecer sin relación con el objeto que se debatía, hacía decir y confesar á su contrincante lo más peregrino por lo grotesco, y lo más opuesto á los conceptos que momentos antes había vertido. Así fué el terror de los sofistas y de todos los sabios que gozaban de reputaciones falsas, siendo de notar que nunca ridiculizó Sócrates al profesor que, modesto de sí, no hiciera gala de poseer, por ejemplo, el don de hacer virtuosos á los hombres.

Llegaba á oídos de Sócrates que, atraídos por la fama que Atenas alcanzara como ciudad ilustrada, habíanse establecido en su recinto filósofos que poseían la ciencia de hacer sabios y en un dos por tres, del hombre más zopenco. Esto de mil leguas olía á sofista y embaucador. Á oir tal portento iba Sócrates, y el sabio de marras salía de sus manos ridiculizado y maltrecho.

Tenía este filósofo el don de conocer las personas. Cuando hablaba en un corro, dirigía la palabra á los oyentes que, por cortedad de ánimo, ocupaban los sitios más ocultos. Decía de la verdadera inteligencia que siempre era modesta y del discípulo que charlaba por los codos y procuraba singularizarse, ó del profesor que anunciaba sus méritos á son de bombo y platillo, que nada de ellos podía esperar la República.

FEDERICO URALES.

(Continuará.)

IDEAS PROPIAS

La *ley del salario*, es la síntesis actual de todas las barbaries, injusticias y tiranías pasadas.

Desear armonizar la equidad de lo *justo naturalmente*, con la *justicia* que se deriva de las aplicaciones severas del *derecho escrito* en las prácticas de la vida social, es el

© Biblioteca Nacional de España

mayor de los imposibles imaginados; y por más que para conseguirlo se esfuercen los legisladores y moralistas á fuerza de fabricar leyes represivas y máximas morales, en definitiva nada práctico habrá de conseguirse si no se ataca al *fondo* con valentía heroica, si no se renueva radicalmente el régimen; en una palabra, si no se hace la *Revolución social*.

En el fondo social existe la explotación, base inicua de toda depravación é inmoralidad, causa permanente de toda degradación y corruptibilidad humana; y estériles y contraproducentes resultarán cuantos sistemas de purificación se intente poner en vigencia, mientras no se destruyan completamente las gangrenosas morbosidades que dominan el fondo social, determinando la anormalidad funcional de las sociedades.

La *inflexible ley del salario*, último signo de la servidumbre inicua y deplorable dependencia en que vivieron siempre sumidos los humanos laboriosos de los tiempos pasados y presentes, es una ley tan falta de equidad justiciera, como lo son cuantas leyes jurídicas ó económicas informen el orden existente.

Á poco que se profundicen los arcanos históricos y se observen en sus orígenes los procesos evolutivos por que ha atravesado la economía social, estudiando con orden el desenvolvimiento cronológico de los progresos del trabajo, pronto se echa de ver la enorme iniquidad económica en que consiste la explotación de las fuerzas del trabajo y lo que en realidad significa el salario.

Decir—como desenfadadamente dicen los doctores de la Economía política—que el salario es la justa remuneración con que el capitalista recompensa al obrero de los trabajos musculares ó intelectuales que éste verifica al asociar *libremente* su personalidad en las empresas y funciones de la producción general, es pretender justificar con un sofisma más ó menos habilidosamente hilado, la irracional explotación que el hombre capitalista ejerce sobre el hombre despojado.

Tamaños subterfugios sociales, tales antilogías económicas, no caben más que en cabezas preocupadas por el frío cálculo de la explotación, henchidas de sofismas legalitarios é incapaces para reflejar nada grande y levantado.

El capital no es otra cosa que la acumulación manifiesta de las riquezas disfrutables producidas por el trabajo. El trabajo es anterior al capital, como el cerebro es anterior á la idea.

El trabajo creó la riqueza con su impulso fecundo; dió origen con su calor fertilizante á todo capital y elemento de vida, y no se explica, ciertamente, la justicia en que pueda informarse el *hecho de economía* incongruente, de que el capital sea el que explota y esclaviza las fuerzas de su propio creador, el trabajo.

La ley del salario es un escarnio perenne á la justicia, supone un desvalijamiento constante de cuantos trabajan, resulta algo así tan monstruosamente punible como el reconocimiento tácito de todos los timos, engaños y mentiras sociales que determinan la enormidad legalitaria sobre que se sientan, tan orondas y satisfechas y henchidas de falsos privilegios, las actuales instituciones...

El capital sin la fuerza del trabajo, por sí solo, no produciría cosa alguna de provecho, es completamente estéril. Por esto al trabajo se le obliga á producir su *propio jornal, su mismo miserable salario remuneratorio*; y después, antes siempre de percibir *su sueldo* miserable, se le impone al trabajo la obligación despojadora de producir las *grandes ganancias que constituyen el capital privativo*, beneficiándose gratuitamente los capitalistas privilegiados con la mayor y mejor parte de cuanto se produce, sin

© Biblioteca Nacional de España

apenas trabajar, sin casi desvelarse, que tal es la justicia de la descabellada lógica humana...

La *almadraba* está primorosamente tendida; sólo los grandes cetáceos, los omnipotentes tiburones, las focas poderosas, lograrán eludir el vigor opresor de sus fuertes mallas.

La ley legaliza el despojo de las fuerzas humanas, como en otro tiempo sancionó la venta del *ébano vivo;* condena severa y duramente al que roba para no morirse de hambre, y consiente y apoya con rigor rencoroso la explotación y el agio. El trabajo es sometido por la ley á sufrir la dependencia vilipendiosa del capital, á ser *esclavo de sus efectos*...

Manantial de toda dicha, de todo placer, fruición y ventura; emisor inductivo y deductivo de cuanto es disfrutable, supone comodidad é implica bienestar y riqueza; impulsor augusto de toda civilización, moralidad, libertad y progreso; el trabajo, que todo lo crea y determina todo, por cuanto es movimiento, electricidad, calor y vida; el trabajo, que asume en sí la totalidad suprema de cuanto existe, lo relativo como lo absoluto; el *micros*, como el *macros;* el trabajo, ese trabajo redentor que todo lo engendra y perfecciona todo, por una aberración perturbadora, por la más perturbadora de las aberraciones sociales, es el *esclavo*, irredimible hasta la fecha, del *capital*. Pero tal esclavitud será transitoria, por muy duradera que pudiera suponérsela, y día llegará en que las cosas se normalicen y dejen de ostentarse monstruosas, cual se ostentan al presente, y entonces, cesando toda ilusión legalitaria, desapareciendo la *inflexible ley del salario*, será el hombre dueño absoluto de sus destinos, viviendo en *sí* y *para sí* como *fin* y no como *medio* y dejando de ser, por tanto, el *viviente artefacto alquilable* sobre que hoy opera y constituye todas sus inmensas riquezas y dulces privilegios el capitalismo explotador.

Produciendo la emancipación económica de la sociedad, igualando á los humanos económicamente, se habrá llegado á la regeneración y redención del mundo.

Sólo de este modo dejará de ser injusto el orden social, y el hombre podrá con razón, bajo tales auspicios, proclamarse positivamente libre y redimido...

DONATO LUBÉN.

LA ANARQUIA

SU FIN Y SUS MEDIOS

XVI

¿QUÉ HACER?

No saber atacar las cosas posibles.—Corriente de la anarquía.—Pensar y obrar no es lo mismo.—Reaparición de la moral individual.—Cuando se sabe querer...—Anarquistas y jurados.—Un fiscal fastidiado.—Negarse á pagar el impuesto.—Huelga de reclutas.—Lo que puede suceder.—Lo que el porvenir puede traernos.

¿Qué hacer?, se preguntan los que, hartos de discutir, quisieran realizar inmediatamente alguna cosa. Y la contestación es bastante difícil, porque sólo el individuo mismo, según sus concepciones y la intensidad de su convicción, debe ver alrededor de sí qué es lo que más conforme aparece en su modo de ser.

¿Qué hacer?, repiten los individuos cuando, en vez de buscar un punto á cuyo desenvolvimiento consagrar todas sus fuerzas, quisieran realizar integralmente el

© Biblioteca Nacional de España

ideal anarquista, deseo muy legítimo en sí, pero irrealizable á causa de las circunstancias que nos rodean. Al llegar á este terreno, un caos de ideas confunde la mente de los que creen que para hacer triunfar el ideal anarquista, debiera fijarse una sola corriente, lo cual es un error, porque la transformación social no puede efectuarse de un solo golpe, sino lentamente, determinando la evolución cotidiana una serie de transformaciones sucesivas en los diversos puntos de acción.

Como una transformación trae otra, varias podrán ser simultáneas; pero la transformación completa será el último resultado de los diversos cambios.

Unos se acogen á la revolución creyéndola capaz de hacer milagros, otros inventan una panacea cualquiera, y todos á la vez, hipnotizados por la sublimidad del ideal que defendemos, nos preguntamos casi á coro la ya célebre frase ¿qué hacer?, ignorando ó no teniendo en cuenta que haciendo las cosas pequeñas se facilita el paso á las grandes.

***

Existen, si no andamos desacertados en nuestras observaciones, cinco corrientes principales en la anarquía, que tienden, cada cual á su modo, á realizar algo práctico en la dirección que han elegido, sin contar el individualismo.

1.° La de negarse al servicio militar que nació con el ideal mismo.

2.° El deseo de crear colonias y agrupaciones en donde ensayar géneros de vida aun en el orden actual, lo más conforme posible con nuestro modo de pensar.

3.° Las cuestiones obreras, los sindicatos, las sociedades de resistencia y cooperativas, de donde el movimiento se había separado desde un principio, y al que parece vuelven algunos compañeros, viendo que en ese terreno puede hacerse algo en beneficio de la idea.

4.° Contrarrestar los efectos de la educación burguesa, que atrofia el cerebro de los niños, fundando escuelas libres; y

5.° La propaganda entre los campesinos, que ha estado muy abandonada, y en donde hay mucho que hacer.

Pasemos revista sucesivamente á estas diversas corrientes, que no son sino medios para llegar al fin; pero sepamos que fuera de los enunciados hay miles de casos en la vida que, aprovechándolos, podemos ayudar á la transformación de nuestras ideas é influir en el modo de obrar de los demás, lo cual contribuirá á variar las costumbres del vulgo, y esto es hacer verdaderamente labor revolucionaria.

Los casos en los que podríamos servir de contrapeso á la corriente, son infinitos. Y, sin embargo, en la mayoría de ellos nos dejamos arrastrar y hacemos lo que todo el mundo, unas veces por no singularizarse, otras por no disgustar á los parientes, á la mujer y qué sé yo...

¿Podemos esperar un cambio total é inmediato de la sociedad cuando tantos individuos, convencidos de las cosas que hay que combatir, se confunden con la mayoría por indiferencia, ignorancia ó interés personal? ¿Cuántos, por ejemplo, sabiendo que el casamiento legal es una institución absurda, admitiendo que la unión de los sexos, que la familia, debe fundarse sobre la más completa libertad, consolidada sólo por el amor y la afección, no pueden prescindir del casamiento y van á veces hasta á casarse á la iglesia, bautizan á sus hijos, hacen acompañar sus muertos por el cura, y todo por la debilidad, porque no saben resistir á la crítica, á la murmuración, mejor dicho?

© Biblioteca Nacional de España

¿Es que no han comprendido todavía que hacer el vacío á las instituciones actuales es el medio más radical para destruirlas?

Se nos contestará que todo eso está muy bien como teoría, pero que en la práctica es irrealizable; que hay muchísimas circunstancias en las que los individuos no pueden obrar según piensan, sean ó no anarquistas, y que los primeros que empiecen serán las primeras víctimas, sin obtener ningún beneficio positivo.

Cuando se habla en términos generales, los particulares hay que separarlos. Además de los casos en que el individuo se expone, son innumerables aquellos en los que podría hacer mucho sin exposición, ó á lo sumo con algún pequeño disgusto sin importancia, y, sin embargo, no se hace nada.

Los casos en que se puede trabajar por la idea somos nosotros quienes los hemos de ver, y seguramente que éstos aumentarán á medida que la convicción de nuestros principios se profundice.

***

Nos quejamos de la ingerencia del Estado, y no debiéramos quejarnos, porque si nosotros nos preocupáramos de infinidad de cuestiones que nos afectan y las resolviésemos sin consentir que aquél se inmiscuyera, sus funciones no lo hubieran invadido todo.

«Nunca se gozan otras libertades que las que se conquistan», ni se sufren otras exacciones que las que se quieren sufrir. Así, por ejemplo, en lo que se refiere á la unión libre si no está oficialmente reconocida, está admitida por la tolerancia.

Se me han citado algunos casos que prueban lo que hemos dicho y repetido varias veces en este mismo libro, es decir, que cuando las costumbres van más allá que las leyes, los actos informados en estas costumbres se admiten como legales, no obstante carecer de sanción en las leyes. Parece ser que á viudas de profesores cuyo casamiento no había pasado por los trámites legales, se las pensiona como á las demás viudas, según consta en documentos existentes en las oficinas de la Casa de la Ciudad.

Podemos citar también el caso de los jóvenes que en el servicio militar han conseguido, no obstante no ser casados, la indemnización para sus compañeras, que se acuerda á los que tienen familia. Igualmente podemos citar el hecho frecuente de anarquistas no casados, á cuyas compañeras se autoriza para poderlos visitar en la cárcel (1).

Esta tolerancia es debida á la valentía que algunos han desplegado para conseguir que la forma de unión libre sea respetada. Si obráramos así en todos los casos posibles de nuestra vida, la ingerencia del Estado retrocedería sensiblemente. Una libertad nos conduce á otra, y el progreso se efectúa en esta forma, hasta que el conflicto, agravándose, hace necesaria la revolución armada.

***

No es posible prever todos los casos en que se puede ayudar á la supresión de una institución; pero como ejemplo, citaré el caso de dos compañeros que se vieron inscritos en la lista de jurados. Esto fué hace ya algunos años. El primero de estos compañeros un día fué sorprendido al ver entrar en su casa un sargento de la guardia municipal, entregándole una hoja en la que se le advertía que debía presentarse en la Audiencia para formar parte del jurado en uno de los primeros juicios. Nuestro

(1) En Francia sólo los parientes cercanos de un detenido pueden visitarle en la cárcel. *(N. de T.)*

© Biblioteca Nacional de España

amigo se sintió molestado, porque no quería de ningún modo formar parte del tribunal popular. No tenía, sin embargo, otro remedio que aceptar, so pena de pagar una multa de quinientas pesetas y arruinarse, pues toda su industria no valía más.

Se dió vueltas y más vueltas al asunto, pero no halló solución que le evitará el desenvolso de las quinientas pesetas.

Escribió al fiscal diciéndole que, como no creía ni en el diablo ni en *Dios*, no podía de ningún modo prestar juramento ante el tribunal. Obtuvo la callada por respuesta, y el día de la vista, con bastante mal humor, fué á la Audiencia. Ya todos reunidos, tribunal y jurados, empezaron los pequeños preparativos de la comedia judicial: lectura de la lista de jurados, de las cartas de excusas de los ausentes, etcétera, etc.; luego el presidente de la sala preguntó si alguien tenía alguna objeción que hacer.

Nuestro amigo miró durante un momento al ministerio público, para ver si éste hablaba de su caso; como no dijera nada, se levantó, y dirigiéndose al presidente, dijo:

—Yo sí tengo objeciones que hacer; pero como en atenta carta las he explicado al señor fiscal, espero que tendrá la bondad de leerlas.

—Exponga sus razones usted mismo—dijo el presidente.

—Pues bien, he aquí mis razones:

1.º Que como no creo en Dios, no puedo prestar juramento en su nombre; y

2.º Que convencido de que la sociedad no hace nada para prevenir los crímenes, no le reconozco el derecho de juzgar á nadie, razones suficientes, según mi parecer, para no poder actuar como jurado.

La sorpresa que tal declaración produjo entre gentes que se creen desempeñar una función social, fué muy grande.

—Eso—dijo el presidente luego de consultar con el fiscal—no es un motivo suficiente.

Nuestro amigo calló y esperó el sorteo. Con alegre sorpresa observó que el fiscal recusaba su nombre tantas cuantas veces salía.

El último día salió su nombre en el sorteo, y el fiscal pareció pasarlo inadvertido. Entonces se levantó y dirigiéndose al presidente: —«Dispense que le interrumpa para decirle que las causas que hasta hoy me han hecho recusable existen todavía». El presidente hizo un gesto que quería decir que desde el momento en que el fiscal no oponía su veto, él no podía hacer nada.

—Yo digo esto, porque tal vez el señor presidente tenga interés en evitar un incidente de Audiencia.

El resultado fué ser nuevamente recusado y no figurar jamás en la lista de jurados.

Desde el primer día los periódicos burgueses comentaron estas declaraciones, y hasta los más obscuros lectores se enteraron así de que en el mundo había seres que no querían juzgar á sus semejantes.

***

El otro amigo fué más derechamente al terreno; pero la autoridad, que no gusta de publicar sus cosas, calló, y la negativa no fué conocida del público.

Esto sucedió hace poco tiempo. El amigo en cuestión, igual que el otro, recibió aviso de presentarse á la Audiencia para formar parte del tribunal popular. Inmediatamente dirigió al fiscal una tarjeta postal, en la cual le declaraba que, viviendo

© Biblioteca Nacional de España

alejado de la sociedad tanto como le era posible, no sentía, ni remotamente siquiera, la necesidad de defenderla, y que, por consecuencia, no contaran con él para tan desagradable tarea. Mandaron policías á tomar informes de él á los vecinos y hasta á casa de su madre; pero el resultado fué dejarle en paz para siempre en lo que á juzgar á los demás se refiere.

***

Es evidente que todo el mundo no está llamado á ser jurado; pero testigo, por ejemplo, cualquiera puede serlo. Si con frecuencia ante los tribunales, los individuos que por cualquier cosa se han de presentar ante ellos, declararan con inteligencia y oportunidad que ni admiten ni quieren tomar parte en la comedia judicial, porque es una aberración juzgar la vida y la libertad de nuestros semejantes, los más ciegos defensores de lo existente reflexionarían sobre tales declaraciones y tendrían que convenir con nosotros en que en nuestras ideas y actitud hay un fondo sublime de filosofía y abnegación.

***

Negarse á pagar los impuestos es otro medio de agitación bastante difícil de emplear en Francia, en donde los consumidores están libres de desembolsos directos, y sólo los comerciantes y propietarios se las han de haber con el cobrador de contribuciones (1).

En las poblaciones rurales son muchos más los que pagan contribución, y sería más fácil hacer agitación en el sentido indicado; en tiempos del imperio ya intentó Gambon crear dificultades al gobierno excitando á los contribuyentes á no pagar.

Por este medio se podría tal vez interesar á los agricultores, sobre todo, sabiéndolo hacer como los socialistas holandeses que, cuando el Estado embargaba á los morosos sus muebles ú otros efectos, lograban que el día de la subasta nadie pujara las posturas, y como la ley dice que todo lo que se pone á la venta debe darse por cualquier precio, los amigos del embargado adquirían por muy poco dinero los muebles del camarada que, naturalmente, continuaba no pagando. Ahora creo que una ley nueva ha puesto á la burguesía al abrigo de esos ataques. Pero esto hay que descontarlo; los capitalistas se defenderán por todos los medios que estén á su alcance, que son muchos.

Cuando los actos son aislados, no tienen más que carácter de débil protesta, que puede hacer pensar á las gentes; pero cuando se multiplican, pueden contribuir á cambiar las cosas. En cuanto á la reacción, no hay que temerla, si nosotros, sólo nosotros, formamos un núcleo fuerte y, dando iniciativas á los demás, trabajamos á la vez para combatirla.

***

Como se ve, ocasiones para obrar no faltan nunca; de lo que se suele carecer es de convicción razonada y de firme voluntad para trabajar.

Si pasamos á los casos donde parece que se haya inclinado el esfuerzo de los anarquistas, veremos que ni en ellos siquiera se ha hecho todo lo que se podía hacer, y que lo realizado más ha sido á impulsos de luchas anteriores, que no movidos por nuevas concepciones.

(1) Y estos entes, engendros de la sociedad actual, no se ponen frente á lo existente, sino pasivamente, como están haciendo los de la Unión Nacional (Julio de 1900). Toda la agitación que con tal motivo puede hacerse, en España al menos, queda reducida á que á uno le rompan la crisma de un tiro, mientras que los contribuyentes, jaleadores de Portas, cierran sus puertas y se regalan comiendo á dos carrillos.—*(N. del T.)*

© Biblioteca Nacional de España

Así, por ejemplo, y para no hablar más que del servicio militar, resulta evidente el que en todos los tiempos el hombre ha sido refractario á tal ocupación. El amor al oropel, á lo que brilla; la idea de pavonearse con un uniforme chillón; la esperanza de poderse coser un día cintajos de pasamanería que dan el derecho de ser brutal y grosero con los demás; la seguridad de que no ha de faltarle el rancho; el no tener la preocupación del día siguiente y otras muchas cosas que halagan la debilidad ó la perversión del hombre, ha podido inclinar á tan repugnante profesión á los individuos en ciertas épocas; pero lo cierto es que siempre por error y contra los espontáneos dictados del corazón, han podido los hombres encuartelarse.

En todos los tiempos ha habido insubordinados y desertores; la propaganda anarquista no ha venido más que á aumentar el número y á dar á los que así proceden una razón filosófica de su conducta.

Antes se desertaba por razones personales, y luego de realizado el acto de indisciplina se quedaban los individuos con cierto remordimiento por haber faltado á las leyes. Hoy se deserta también por razones personales, seguramente; pero la mayor parte de los casos son seres conscientes que abominan del ejército y quieren su desaparición, y entienden que no formando parte de él es el modo más rápido de destruirlo; no reconocen al Estado el derecho de enregimentar á nadie y cercenar unos cuantos años de nuestra juventud, y el mejor modo de negar este derecho, es no dejarse disfrazar con la extraña librea de soldado, que al mismo tiempo que hace al hombre esclavo le autoriza para matar á sus semejantes.

Hasta el presente, por el reducido número de los desertores, el ejército no ha sufrido trastornos en su organización; pero la idea anarquista, que ha hecho aumentar considerablemente los casos de insumisión, llegará á crearle algunas dificultades, y cuando el número de los que tomen el camino del extranjero alcance una cantidad importante, ¿qué hará el Estado?

Además, mientras que los actos de insumisión sean pocos, los desertores no tendrán otro remedio, para vivir tranquilos, que la emigración; pero cuando sean frecuentes y numerosos, podrán quedarse en su país sin exposición alguna, porque el espíritu público simpatizará con ellos.

Y los actos de resistencia de este género, que nos parecen imposibles hoy, serán con el tiempo actos que cualquier temperamento podrá realizar, y se multiplicarán cuando se haya creado una atmósfera favorable á ellos.

JUAN GRAVE.

(Traducción de Antonio López.)

CIENCIA Y ARTE

LA HERENCIA PSICOLOGICA

INTRODUCCIÓN

La herencia es la ley biológica en virtud de la cual todos los seres dotados de vida tienden á repetirse en sus descendientes; es para la especie lo que la identidad perso-

© Biblioteca Nacional de España

nal es para el individuo. Por ella, en medio de las incesantes variaciones, hay un fondo que persiste; por ella la naturaleza se copia y se imita constantemente. Considerada bajo su forma ideal, la herencia sería la reproducción pura y simple de lo semejante por lo semejante. Pero esta concepción es puramente teórica, porque los fenómenos de la vida no obedecen á esta regularidad matemática, complicándose sus condiciones de existencia más y más á medida que nos elevamos del vegetal á los animales superiores y de éstos al hombre.

El hombre puede ser considerado en su organismo ó en su dinamismo, en las funciones que constituyen su vida física ó en las operaciones que constituyen su vida mental. Ambas formas de la vida, ¿están sometidas á la ley de la herencia? ¿Lo están totalmente ó parcialmente, y, en este último caso, hasta qué punto?

El lado fisiológico de esta cuestión ha sido muy bien estudiado; el psicológico lo ha sido mucho menos. Este es el que nos proponemos estudiar aquí. Pero la transmisión hereditaria de las facultades mentales, considerada en sus fenómenos, en sus leyes, en sus consecuencias y sus causas, está tan íntimamente ligada á la herencia fisiológica, que es necesario hablar de ésta ante todo. Lo haremos muy brevemente, remitiéndonos en los pormenores á los tratados especiales. Nos bastará mostrar, con algunos hechos bien claros y bien seguros, que la herencia se extiende á todos los elementos y á todas las porciones del organismo, á su extructura externa é interna, á sus enfermedades, á sus caracteres particulares, á sus modificaciones adquiridas.

Lo que se muestra desde luego, aun á las miradas menos atentas, es la herencia de la *extructura externa*. Este hecho es de observación vulgar; nada más común que oir decir que un niño «es el retrato de su padre, de su madre, de sus abuelos». El influjo hereditario puede acusarse en los miembros, el tronco, la cabeza, las uñas mismas ó el pelo, pero sobre todo en la cara, la expresión ó los rasgos de la fisonomía. Los antiguos habían hecho ya esta observación: de aquí entre los romanos, los *Nasones*, los *Labeones*, los *Bucones*, los *Capitones* y otros nombres sacados de un signo hereditario (1). No es preciso recordar la nariz de los Borbones y el labio de los Habsburgos. Las semejanzas hereditarias pueden descubrir, al primer golpe de vista, el origen de las personas, y han dado lugar algunas veces á los encuentros más imprevistos y novelescos. Pueden sufrir en el curso de la vida metamorfosis que hacen que el niño se asemeje sucesivamente al padre y á la madre; insistiremos sobre este punto al tratar de la herencia en las épocas correspondientes.

Muchos individuos de alta ó de pequeña estatura engendran individuos semejantes. Este hecho, consagrado por una larga experiencia, ha sido aprovechado desde hace mucho tiempo por los ganaderos para crear ciertas razas.

Este sistema de selección reflexiva y consciente se ha aplicado también á la humanidad. El padre de Federico II, Federico Guillermo I, cuya pasión por los colosos era bien conocida, operaba, con respecto al regimiento de gigantes que había formado, como los ganaderos con sus animales. No toleraba el matrimonio de sus guardias más que con mujeres de gran estatura.

La herencia existe también en todo lo que toca al color de la piel, la forma y el volumen del cuerpo. Así, la obesidad es hasta tal punto resultado de una predisposición del organismo, que con frecuencia se produce, á pesar de las privaciones, de la fatiga y de la miseria.

(1) P. Lucas. *Traité philosophique et physiologique de l'hérédité naturelle.*—2 vol, Paris.—1847—1850, t. I, pág. 195.

© Biblioteca Nacional de España

La herencia actúa sobre la *conformación interna* como sobre la extructura externa. Nada más positivo que la herencia de la forma, del volumen y de las anomalías del sistema óseo; la de las proporciones, en todos sentidos, del cráneo, del tórax, de la pelvis, de la columna vertebral y de los menores huesos del esqueleto es de observación diaria y vulgar. Se ha comprobado hasta la del número, en más ó en menos, de las vértebras y de los dientes (Lucas).—El sistema circulatorio, el sistema digestivo, el sistema muscular, siguen las leyes de transmisión de los demás sistemas internos del organismo. Existen familias en que el corazón y el calibre de los principales vasos son naturalmente muy considerables, otras en las que son relativamente pequeños, otras en que presentan los mismos vicios de conformación.—En fin, y esto nos toca más de cerca, la herencia rige las proporciones del sistema nervioso. Se manifiesta en las dimensiones generales del cerebro, su principal órgano; es también con frecuencia sensible en el volumen y hasta en la forma de las circunvoluciones: Gall lo había observado y explicaba por este hecho la transmisión de las facultades mentales. Más adelante tendremos muchas ocasiones de volver sobre este punto para no insistir más ahora.

La herencia de los elementos internos se realiza para los líquidos del organismo como para las partes sólidas: la sangre es más abundante en ciertas familias, y esta superabundancia transmite ó puede transmitir, á los diversos miembros, una predisposición á las apoplegías, á las hemorragias, á las inflamaciones. Se citan algunas familias en que una ligera picadura causaba una hemorragia, que nada podía contener.

Y no es sólo, como podría creerse, la extructura externa ó interna la que es transmisible; caracteres completamente particulares del modo de existencia pasan de padres á hijos. La herencia rige los caracteres subordinados como los caracteres dominantes. Así la fecundidad, la duración de la vida, esas maneras de ser completamente personales, que los médicos llaman *idiosincrasias*, se transmiten por la vía seminal. Algunos hechos van á demostrarlo.

No se puede dudar del influjo de la herencia sobre el poder de reproducción. Hay familias notables por su fecundidad y esta fecundidad se propaga, sea por el padre, sea por la madre.

Una madre tiene 24 hijos, de ellos 5 hijas, que entre las cinco dieron á luz 46 niños; una nieta, joven aún, llevaba ya 16 partos (Girou). Los hijos, hijas y nietos de un padre y de una madre de 19 hijos, participaron casi todos, dice Lucas, de esta potencia prolífica (1).

En la vieja nobleza francesa, muchas familias han gozado de un gran vigor de propagación. Anne de Montmorency, con más de setenta y cinco años, pudo todavía, en la batalla de Saint-Denis, romper con su espada los dientes del soldado escocés que le asestó el último golpe; era padre de 12 hijos. Tres de sus abuelos, Mateo I, Mateo II y Mateo III, tuvieron entre los tres 18, de los cuales 15 fueron varones. El hijo y el nieto del Gran Condé contaron entre los dos 19; y su bisabuelo, muerto en Jarnac, 10. Los cuatro primeros Guisas tuvieron 43 hijos, de los cuales 30 varones. Aquiles de Harlay, padre del primer presidente, tuvo nueve hijos, su padre 10, su bisabuelo 18. En ciertas familias, esta fecundidad ha durado durante cinco ó seis generaciones (2).

Está generalmente reconocido que la *longevidad* depende mucho menos de la raza, del clima, de la profesión, del género de vida y de la alimentación, que de la trans-

(1) Lucas, *op. cit.* t. I, pág. 246.
(2) Benoiston de Châteauneuf, *Mémoire sur la durée des familles nobles en France, 1846.*

© Biblioteca Nacional de España

misión hereditaria. Si se consultan los tratados especiales que se han escrito sobre este punto, se verá que los centenarios se encuentran tanto en la raza negra como en la blanca, en Rusia y en Escocia como en Italia y en España, entre los que cuidan mucho su salud como entre los que llevan vida dura.

Hechos análogos se encuentran entre los prisioneros y aun entre los forzados. «La vida media depende evidentemente del lugar, de la higiene, de la civilización; pero la longevidad individual está completamente desligada de estas condiciones. Todo demuestra que una vida larga depende de una potencia interna de la vitalidad, puesto que esos individuos privilegiados la traen al nacer. Está tan profundamente impresa en su naturaleza, que se revela en todos los atributos de la organización (1)». Esta forma de la herencia ha sido observada desde hace mucho tiempo en Inglaterra, donde las Compañías de seguros sobre la vida, investigan, por medio de sus agentes, los datos sobre la longevidad de los ascendientes de la persona que desea el seguro.

Hay, en cambio, muchas familias, en que los cabellos blanquean desde la primera juventud, casi desde la infancia, y en que la energía de las facultades físicas é intelectuales se amortigua muy temprano. Es tan frecuente la muerte precoz, que sólo un reducido número de sus individuos puede sustraerse á fuerza de precauciones. En la familia de Turgot apenas se pasaba de la edad de cincuenta y nueve años; y el hombre que la ha hecho célebre, viendo acercarse esta época fatal, á pesar de la apariencia de una buena salud y de un gran vigor de temperamento, hizo observar un día que había llegado el momento de poner orden en sus asuntos y de acabar un trabajo que había comenzado, porque en su familia se moría á esa edad. Murió, en efecto, á los cincuenta y tres años.

La inmunidad de que gozan ciertas familias para las enfermedades contagiosas, y en particular para la viruela, está bien comprobada.

La herencia puede transmitir la fuerza muscular y las diversas formas de la actividad motora. Había en la antigüedad familias de atletas. «La lista de los vencedores en los juegos olímpicos, hace notar Galton, era cuidadosamente llevada en Elea. Si se hubiera conservado nos ofrecería curiosos documentos para la herencia. Notaré al menos este hecho; una mujer arriesgando su vida, asistió á los juegos; fué absuelta porque se encontró que su padre, su hermano, y su hijo habían sido vencedores (2)». Los ingleses tienen familias de pugilistas. Las investigaciones de Galton sobre los luchadores y sobre los remeros, demuestran que los vencedores pertenecen en general á un corto número de familias que tienen una fuerza y una agilidad hereditarias (3). En cuanto á la actividad motora, importante sobre todo en los caballos, la experiencia ha demostrado hace mucho tiempo á los carreristas que la rapidez en la carrera, como los vicios del movimiento, ó los *tics* se transmiten. En la especie humana, hay familias cuyos miembros tienen casi todos una habilidad y una gracia exquisitas en sus movimientos. La herencia ha transmitido con frecuencia el talento de la danza; se encuentra un ejemplo de ello en la familia de los Vestris.

Lo mismo pasa con la voz. Cada animal tiene la voz propia de su especie; pero los caracteres individuales mismos se transmiten; así la tartamudez, el gangueo y el tartajeo. Las familias de cantantes son numerosas y hay otras rebeldes á la melodía.

La herencia de las *anomalías* de la organización está bien comprobada. Una de las

(1) Lucas, t. I. pág. 256 y siguientes.
(2) Galton, *Hereditary Genius*, 1869, pág. 335.
(3) *Ibid*, pág. 305 y 312.

© Biblioteca Nacional de España

más extrañas y más conocidas es la de Edward Lambert, cuyo cuerpo, excepto la cara, la palma de las manos y la planta de los pies, estaba revestido de una especie de caparazón de excrescencias córneas que sonaban unas contra otras. Tuvo seis hijos, y todos, al cumplir las seis semanas, presentaron la misma singularidad. El único que sobrevivió la transmitió como su padre, á todos sus hijos, y esta transmisión, que iba de varón á varón, continuó así durante cinco generaciones (1). El albinismo, el raquitismo, ciertas cojeras, la ectrodactilia y la polidactilia, el labio leporino, en suma, todas las desviaciones del tipo que resultan, sea de un exceso, sea de una detención de desarrollo orgánico, son transmisibles por la vía seminal, y tales hechos son interesantísimos en cuanto demuestran que el tipo individual está sometido á la ley de herencia lo mismo que el tipo específico.

Anomalías adquiridas durante la vida por accidente pueden transmitirse. Un hombre herido en la mano derecha, después de su curación quedó con un dedo deformado: tuvo varios hijos con ese dedo torcido (2). Las deformaciones artificiales son transmisibles; tres pueblos del Perú, los Aymaras, los Huancas y los Chinchas tenían cada uno su modo particular de deformar la cabeza de los niños, y esta deformación se conservaba después. Los esquimales, dice M. de Quatrefages, cortan la cola á los perros que enganchan á los trineos; los cachorros de estos perros nacen con frecuencia sin cola.

Los experimentos bien conocidos de Brown-Séquard han demostrado que un desorden funcional, como la epilepsia, producido artificialmente, puede transmitirse. Operaba sobre conejos de Indias sanos y practicaba en ellos ciertas lesiones nerviosas (semisección de la medula) que dan por resultado accesos epilépticos. El animal curaba; pero los hijos que engendraba durante su período morboso eran epilépticos (3).

Pero ¿puede deducirse de aquí que las desviaciones del tipo específico, que las anomalías de toda especie, estrabismo, miopía, atrofia ó hipertrofia de los miembros, que dan fijas para siempre? Ó bien, ¿no tienen una herencia restringida y temporal? La cuestión es muy debatida (4); porque estos desórdenes individuales unas veces se transmiten y otras no. La experiencia parece demostrar, sin embargo, que hay una tendencia hacia la vuelta al tipo primitivo. Así, en la familia Colburn, que ha presentado uno de los casos más curiosos de sexdigitismo (los miembros de esta familia tenían un dedo supernumerario); esta anomalía duró cuatro generaciones; pero, dice Burdack, la anomalía fué decreciendo constantemente. En la generación primera estaba en la relación de 35 á 1; en la segunda de 14 á 1; en la tercera de 3 $^1/_4$ á 1. La vuelta al tipo normal operaba, pues, rápidamente (5).

La transmisión seminal de las modificaciones adquiridas está muy restringida algunas veces, aun cuando se encuentre en ambos genitores. Un sordo-mudo, casado con una sorda-muda, tienen hijos que pueden oir y hablar. La necesidad de la circuncisión entre los judíos, demuestra que una modificación adquirida y repetida frecuentemente puede no ser hereditaria. Las desviaciones del tipo, después de haber durado algunas

---

(1) ***Philosophical Transactions***, vol. XVII y vol. XLIX.

(2) Para otros hechos de la misma naturaleza, véanse Darwin. ***De la variation des animaux et des plantes***, t. II, cap. XII, y Haeckel, ***Historie de la création naturelle***, pág. 158.

(3) Para el pormenor, véase ***Archives de physiologie*** 1871-1872.

(4) Sobre este debate, desde el punto de vista fisiológico, véase los ***Bulletins de la Société d'anthropologie***, t. I, pág. 339, y en particular pág. 551 y siguientes; t. II, ***De l'hérédité des anomalies***.

(5) Burdach, ***Physiologie***, t. II, pág. 251. Véase también Darwin, ***op. cit.*** t. II, págs. 12 y 60.

© Biblioteca Nacional de España

generaciones, vuelven al estado normal, de suerte que muchos naturalistas afirman que la regla es que *los accidentes no se perpetúan.*

Estamos, pues, bien lejos de la ley así formulada por Lamarck: «Todo cuanto la naturaleza ha hecho adquirir ó perder á los individuos por influjo de las circunstancias á que su raza se encuentra durante mucho tiempo expuesta, ésta lo conserva por la generación en los nuevos individuos que de ellan provienen, con tal de que los cambios adquiridos sean comunes á ambos sexos ó á los que han producido nuevos individuos.»

Sin embargo, estas dos opiniones opuestas, cada una de las cuales tiene hechos que alegar en su favor, son conciliables, si se observa que hay modificaciones que, por su naturaleza misma, están en lucha con su medio, y cuyas condiciones de existencia se hacen por tanto más y más difíciles; mientras que hay otras que, acomodándose bien, pueden fijarse por una selección, sea natural, sea artificial (como en el arte de la cría de ciertos animales), y que así todo concurre á borrar las primeras y á perpetuar las segundas. Indico de pasada esta dificultad: volveremos á encontrarla á propósito de la herencia psicológica y la trataremos más ampliamente.

Nos falta hablar de una última forma de la herencia, la de las *enfermedades.* La observación parece tan antigua como el origen de la medicina; es de todas las épocas, de todos los lugares, de todos los pueblos. Los médicos griegos distinguían ya las enfermedades hereditarias (νόσοι κληρονομικαί). En los tiempos modernos, sin embargo, la herencia morbosa ha suscitado discusiones de toda especie entre los médicos. Sería ajeno á nuestro asunto y á nuestra competencia hablar aquí de ellas. Limitémonos á hacer notar que la cuestión parece hoy absolutamente juzgada, en cuanto al fondo, por el hecho de que los adversarios más declarados de la herencia morbosa admiten, si no la herencia de la enfermedad misma, al menos la de una predisposición para contraerla. Se encontrarán, en la obra de Lucas *Sobre la herencia* y en todos los libros de medicina, hechos bastante numerosos y bastante claros para permitir conclusiones.

Esta rápida exposición fisiológica basta para demostrar que la ley de la herencia rige todas las formas de la actividad vital, lo que por lo demás está generalmente conocido y admitido. ¿Sucede lo mismo en el orden psicológico? Esto es lo que ahora nos toca examinar, comenzando por el estudio de los hechos.

CH. RIBOT.

CRÓNICA CIENTÍFICA

La ascensión del Júpiter *en la estación de Righi.—Las exploraciones aéreas: los globos-sondas.—Las altas regiones de la atmósfera.—Ojeada retrospectiva.—La teoría de las nieves eternas, según Zurcher.—Las corrientes aéreas en las capas superiores.—Peligro que corren los aeronautas.*

El capitán Spelterini, el ingeniero suizo Ernst y nuestro distinguido colega Emilio Gautier, partiendo de la estación de Righi, situada á unos dos mil metros de altura, practicaron el 1.° de Agosto una exploración científica en el globo *Júpiter,* con objeto de estudiar las altas regiones de la atmósfera.

La ascensión fué verdaderamente sensacional: la vista del hermosísimo panorama que se extendía á sus pies, abarcando la masa ciclópea de los Alpes, del Mont-Blanc Tirol, hizo olvidar á los atrevidos viajeros los peligros que corrían. Recorrieron un

© Biblioteca Nacional de España

espacio de 65 quilómetros y se elevaron á una altura de 5.000 metros; y si bien no es esto un *record*, en cambio los aeronautas aseguran haber hecho observaciones científicas altamente interesantes, que se reservan por ahora para publicarlas oportunamente.

Las ascensiones repetidas verificadas en estos últimos tiempos con un fin científico y el envío de globos-sondas á través de las capas más elevadas de la atmósfera, han contribuído eficazmente á extender el campo de nuestros conocimientos meteorológicos y á reemplazar hipótesis numerosas por hechos adquiridos por la observación.

Estos viajes hacia las altas regiones atmosféricas datan de antigua fecha: Pilâtre de Rosier y el marqués de Arlandes penetraron en ellas los primeros, en 1788, en un sencillo globo de fuego construído por E. Montgolfier. El joven y audaz explorador, que no tardó en perecer víctima de su valor y de su amor á la ciencia, describe así este viaje:

«Llegados á las nubes, la tierra desapareció por completo de nuestra vista; una niebla espesa nos rodeaba, y un espacio despejado nos devolvió la luz. Después otras nubes, ó más bien enormes masas de nieve, se amontonaban rápidamente bajo nuestros pies (esto ocurría en el rigor del verano), rodeándonos luego por todas partes; gran cantidad de ella caía perpendicularmente sobre los bordes exteriores de nuestra galería, y otra se deshacía en lluvia sobre Versalles y París; el barómetro había bajado nueve pulgadas y el termómetro dieciséis grados. Deseosos de conocer la mayor elevación que podía alcanzar nuestra máquina, resolvimos llevar al más alto grado la violencia de las llamas, levantando nuestro brasero y sosteniendo los haces de leña encendido sobre la punta de nuestras horcas.

»Llegados á las cimas más altas de aquellas montañas heladas, recorrimos algún tiempo aquel desolado espacio, visto por primera vez por seres humanos, donde, aislados y separados de la naturaleza y á 11.732 pies de la tierra, sólo percibíamos enormes masas de nieve que reflejaban la luz del sol é iluminaban aquella inmensa soledad. La temperatura era de 5° bajo cero, y la velocidad del aerostato nos era desconocida, faltos de todo objeto de comparación. En cuanto salimos de aquella especie de abismo, se ofreció repentinamente á nuestra vista un espectáculo admirable: en primer lugar, experimentamos la agradable sensación de pasar en un minuto del invierno á la más dulce primavera; la campiña apareció en toda su ideal magnificencia; y las ciudades, villas y aldeas, confundiéndose y entrelazándose, parecían bellísimas quintas de recreo rodeadas de esplendentes y frondosos jardines...»

Esta hermosa descripción de las altas regiones atmosféricas, hecha por el heroico físico, manifiesta cuán dignas son de fijar la curiosidad del público y la atención de los sabios. Organizáronse después numerosas exploraciones, entre las que la de Biot y Gay-Lussact, hecha en París á principios del siglo, se hizo célebre: por medio de aerostatos llenos de hidrógeno se alcanzó la altura de 7.000 metros. A 3.000 metros los animales de la colección que llevaban parecían sufrir á causa de la rarefacción del aire. Un poco más arriba se soltó una alondra, que levantó el vuelo y volvió en seguida á reposarse sobre el borde de la navecilla; luego, reuniendo sus fuerzas, se precipitó hacia la tierra describiendo círculos. Por último, los mismos aeronautas comenzaron á sentir gran malestar; al llegar á 6.000 metros se les pusieron las manos y los labios azulados, y la respiración se hizo dificultosa. Uno de los dos viajeros perdió el conocimiento, y á punto estuvieron de pagar con su vida la temeraria empresa, que, no obstante, renovaron algún tiempo después.

© Biblioteca Nacional de España

Para conocer mejor las altas regiones de la atmósfera, los físicos las han abordado también por la vía de los pisos superiores de nuestras montañas; pero al fin las ascensiones en globo han obtenido la preferencia, porque resulta que suministran datos más completos y no son más peligrosos en la actualidad que las ascensiones alpinas, teniendo en cuenta que en éstas, á la rarefacción del aire, se unen los esfuerzos musculares necesarios para avanzar penosamente sobre las nieves heladas; los vivos dolores, las privaciones y aun el temor ante los peligros son, á no dudarlo, condiciones poco á propósito para dedicar á las observaciones el cuidado y la atención exigibles.

A propósito de esas enormes capas de hielo y de nieve, surge el problema de por qué se encuentran en tan gran abundancia en esas montañas, á pesar de recibir la acción directa de los rayos solares.

Entre las numerosas hipótesis expuestas sobre el asunto, hay una muy aceptable en itida por el profesor Zurcher:

El aire envolvente, rarificado á consecuencia de la débil presión, sólo absorbe una parte pequeñísima de presión; además, el calor comunicado por el suelo de la llanura y por el vapor de las capas inferiores, se encuentra considerablemente disminuído. El enfriamiento nocturno es otra causa poderosa de frialdad para las superficies colocadas en las regiones atmosféricas elevadas que no tienen sobre sí más que aire muy seco. Sabido es cómo desciende la temperatura durante la noche en ciertas comarcas, cuando no se hallan protegidas por una capa de aire húmedo: por eso en el Sahara, donde en el curso del día se siente una temperatura ardentísima, reina en las últimas horas de la noche un frío intenso. El mismo fenómeno se observa en el interior de Australia y en las estepas centrales de Asia.

En condiciones análogas se encuentra la parte superior de las altas montañas, donde la observación demuestra que los efectos de la radiación aumentan en una proporción más rápida que la altura. En la gran meseta del Mont-Blanc, situada á 4.000 metros de altura, la radiación es ya considerable á las cinco de la tarde, cuando el sol no ha desaparecido aún.

El profesor Martins, apoyando la teoría de Zurcher, afirma que ese prodigioso poder de radiación es la principal causa de enfriamiento para las altas montañas donde nieva todos los meses del año.

El suelo y el aire de las montañas se enfrían también por evaporación. Con frecuencia en las altas regiones salen del suelo y se elevan por el aire espesas brumas, que parecen columnas de humo, como si encendieran hogueras en diversos puntos, siendo esto indicio de una evaporación activa que aumenta á medida que descienden la presión y el estado higrométrico.

Otra causa de enfriamiento es la dilatación del aire en las corrientes ascendentes. Los aeronautas han hallado en las capas superiores corrientes más violentas que las de la superficie terrestre, y sabido es que en la cima de las montañas se encuentran casi siempre vientos fuertes, aun cuando en la llanura reina la calma. Frecuentemente ocurre que no se mueve una hoja en Chamonix mientras que ráfagas impetuosas se llevan la nieve de lo alto del Mont-Blanc.

Pero el atrevido viajero que explora las altas regiones atmosféricas corre, aparte de los peligros señalados, otros riesgos que provienen de la extructura de sus mismos órganos: el aire que respira en esos elevados sitios contiene menos oxígeno en un volumen dado, y la sangre disuelve el gas con más dificultad cuando la presión es débil. De ahí una disminución en la energía de la combustión animal, gran dificultad de

© Biblioteca Nacional de España

respirar, náuseas, fuertes dolores de cabeza, llegando hasta brotar sangre de los labios.

El hombre, fuerza es reconocerlo, por muchas que sean su energía y su resistencia, no está organizado como el pájaro para atravesar rápidamente capas de aire de diferentes densidades.

TARRIDA DEL MÁRMOL.

MARIDO Y MUJER

IV

FIN DE LA NOVELA (1).

Nuestra casa de Nicolskoe, tanto tiempo abandonada, renace de nuevo; pero lo que en otro tiempo la animaba no ha resucitado.

Mi suegra no existe ya, y ahora mi marido y yo permanecemos solos uno en presencia de otro; pero no buscamos ya el aislamiento; al contrario, es para nosotros una mortificación.

El invierno ha sido tanto más triste cuanto que yo he estado enferma constantemente, y no me he repuesto hasta después del nacimiento de mi segundo hijo.

Mis relaciones con mi marido han seguido siendo tan fríamente amistosas como durante nuestra estancia en la capital. Sólo que en Nicolskoe cada pared y cada mueble me recordaban lo que él había sido para mí y lo que había perdido.

Se hubiera dicho que mediaba entre nosotros una ofensa no perdonada, ó que él quería castigarme por una falta fingiendo no advertirlo.

Pero, ¿qué falta tenía que perdonarme? Me castigaba no abandonándose ya á mí por completo, no entregándome ya toda su alma, como antes; verdad es que no la entregaba á nadie ni á nada: parecía haberla perdido.

Yo creía á veces que todo aquello era una cosa estudiada para atormentarme, creía que aún latía en él el antiguo sentimiento, y me esforzaba en hacer brotar algunas chispas. Pero Serguei no quería responder con franqueza, parecía sospechar que yo fingía, y temía toda efusión como un sentimentalismo ridículo.

Su tono y su mirada me decían: «Lo sé todo, sí, todo; sé lo que quieres decirme; es, pues, inútil que me hables. Sé también que tú dirás una cosa y harás otra.»

Al principio me hirió verle eludir de esa manera toda explicación franca; pero después me acostumbré á la idea de que no era falta de franqueza, sino que no veía ni sentía la necesidad de una explicación.

En esa época mi lengua se hubiera negado á obedecerme, si hubiese querido decirle cuánto le amo, ó invitarle á rezar conmigo ó acercarse al piano para oirme sus piezas favoritas. Existían ya entre nosotros ciertas conveniencias; cada uno se iba por su lado: él á sus ocupaciones, en las cuales no podía ni quería yo tomar parte; y, en cuanto á mí, pasaba el tiempo en la ociosidad, cosa que no lo entristecía ni disgustaba, como en otras épocas. Los niños eran aún demasiado pequeños para ser un lazo entre nosotros.

Volvió la primavera. Katia y mi hermana vinieron á pasar el estío en el campo; y como había que reconstruir nuestra casa, decidióse que mi marido, mis hijos y yo pasaríamos el verano en Pokrovskoe.

(1) **En el número próximo empezaremos á publicar *París*, de Zola, cuya autorización hemos adquirido de la casa editorial Maucci, propietaria de la obra.**

© Biblioteca Nacional de España

Encontré mi casa lo mismo que siempre, con su azotea, su mesa con tableros de ensanche, el piano en la sala clara, y mi cuarto con sus blancas cortinas y todos mis ensueños de doncella, que parecía haber dejado tras de mí al marcharme.

Ese cuarto contenía ahora una cama y una cuna. En la cama que fué mía se tendía mi Nicolás cuan largo era, y todas las noches hacía yo la señal de la cruz sobre su frente al darle el beso de despedida. En la cuna, apenas distinguía la carita de mi Juanito saliendo de la envoltura.

Después de hacer la señal de la cruz sobre mis dos hijos dormidos, me detenía frecuentemente en medio del cuarto silencioso, y en seguida surgían de las paredes, de las cortinas, de los menores rincones, frescas visiones que había olvidado y que me parecían ya tan lejos de mí... ¡Todas esas voces del pasado me repetían mis canciones de doncella!

¿Dónde están esas visiones? ¿Qué se ha hecho de vosotros, dulces cantos queridos?

¡Mis más audaces esperanzas se han realizado! ¡Mis confusos ensueños son ahora una realidad, y esa realidad es una vida dura, difícil y desprovista de goces!

Nada ha cambiado en torno mío: tengo delante el mismo jardín, y descubro desde la ventana el mismo sendero y el mismo banco; por cima de la hondonada, á orillas del estanque, repiten sus mismos cantos los ruiseñores, florecen las mismas lilas, y la luna, siempre semejante, sigue iluminando nuestra casa.

¡Y, sin embargo, todo está cambiado, cambiado inevitable, irremediablemente! Todo lo que hubiera podido ser tan dulce, es triste y frío.

Como en otros días, me siento en el salón con Katia, y hablamos de Serguei Mikhailovich. Pero las facciones de Katia están fatigadas, su tez es plomiza, sus ojos no brillan ya de alegría y de esperanza, no expresan más que la tristeza y la simpatía por mis penas.

Ya no admiramos á Serguei Mikhailovich, como en otras épocas; lo juzgamos. Ya no nos preguntamos con asombro por qué somos tan felices, ni experimentamos la necesidad de comunicar nuestra alegría al primero que llega; al revés, hablamos en voz baja como conspiradores y nos preguntamos cómo se ha vuelto todo tan triste.

Serguei Mikhailovich también es siempre el mismo; sólo que se ha ahondado más la arruga que separa sus cejas, han aumentado las canas en sus sienes, y su mirada profunda y escrutadora permanece velada siempre para mí: sobre nosotros se cierne una nube.

Yo también soy la misma; pero no siento ni deseo ya el amor; no experimento la necesidad de ocuparme, y no estoy contenta de mí.

Mis piadosos éxtasis de los tiempos pasados, el amor que profesaba á mi prometido, la plenitud de vida que sentía entonces, ¡qué distante, qué inaccesible me parece todo eso!

Yo no comprendía ahora lo que en aquella sazón parecía tan claro y tan justo: la felicidad de vivir para otros. ¿Podría vivir para los otros, cuando no tengo valor de vivir para mí?

Desde mi partida del campo había abandonado el piano enteramente; pero al volver á Pokrovskoe, mi viejo piano y mis antiguos papeles me estimularon á reanudar la música.

Un día no me sentía muy bien, y me quedé sola en la casa, mientras Katia, mi hermana y mi marido iban á Nikolskoe para ver las construcciones nuevas. La mesa

© Biblioteca Nacional de España

estaba ya preparada para el te. Bajé al salón, y, esperando su regreso, me senté al piano.

Tomé la sonata *quasi una fantasía*, y la toqué. Nadie había que me escuchara, y no oí ningún ruido; estaban abiertas las ventanas que dan al jardín, y los sonidos familiares de aquella sonata se difundieron por la habitación con una solemnidad dolorosa.

Cuando acabé el adagio, inconscientemente, por la fuerza de la antigua costumbre, me volví para mirar el rincón en que Serguei Mikhailovich permanecía oyéndome en otras épocas. No estaba allí... Su silla seguía en el mismo sitio, como si nadie la hubiese movido desde aquel tiempo. Por la ventana veía el bosquecillo de lilas y la luminosa puesta; el fresco de la caída de la tarde entraba por las ventanas abiertas y me penetraba.

Me eché de codos sobre el piano, me tapé la cara, y me abandoné á mis pensamientos.

Permanecí así mucho tiempo, evocando con dolor el recuerdo de aquel pasado hacia el cual no estaba en mis manos volver, y fantaseé tímidamente en sueños de porvenir.

«¿Es posible que haya pasado ya mi tiempo?»—me pregunté con espanto. Levanté bruscamente la cabeza, y, para desechar mis pensamientos y olvidarme á mí misma, me puse á tocar otra vez el mismo andante.

«¡Dios mío!—exclamé interiormente. ¡Perdóname si soy culpable, y devuélveme lo que constituía la paz y la felicidad de mi alma, ó dime lo que he de hacer para empezar una vida nueva!»

Se oyó un ruido de ruedas sobre el césped y delante de la escalinata; después resonaron en la azotea pasos acompasados, pasos conocidos, y á poco se extinguieron.

Pero aquellos pasos no despertaban en mi corazón los sentimientos de otros días. Cuando acabé la sonata, oí andar detrás de mí, y se posó una mano sobre mi hombro.

—¡Cómo me gusta que hayas tocado esa sonata!—dijo mi marido.

No respondí.

—¿No has tomado el te todavía?

Hice un signo negativo con la cabeza, sin levantar los ojos para que no viese la emoción de que aún conservaba huellas mi semblante.

—Katia y Sonia no tardarán en volver; el caballo andaba reacio, y han preferido venir á pie por la carretera.

—Las aguardaremos para tomar el te—dije saliendo á la azotea con la esperanza de que me siguiese.

Pero preguntó por los niños, y se fué al cuarto de ellos.

Su presencia y su voz cordial me aseguraban de nuevo que nada se había perdido. ¡Qué más hacía falta!

Entré bajo el toldo de la azotea y me senté en aquel mismo banco donde oí la primera declaración de su amor.

El sol se había puesto; empezaba á obscurecer; sobre la casa y el jardín yacía suspendido un nublado primaveral; pero al través de los árboles se veía una zona de cielo por donde se extinguía el crepúsculo y se levantaba el lucero de la tarde.

La sombra del ligero nublado se cernía sobre todas las cosas y prometía una suave lluvia de primavera.

© Biblioteca Nacional de España

El viento había cedido; no se movían ni una hoja ni una brizna de hierba. Las lilas y los cerezos de monte florecían tan profusamente en el jardín y en la azotea que hubiera podido creerse que el aire estaba en flor: llegaban como olas olorosas que crecían ó se debilitaban con ritmo regular, y yo, con los ojos cerrados, no tenía ya más que un deseo: no ver nada, no oir nada, sino aspirar tan sólo aquel suave perfume.

Las dalias y los rosales alineados é inmóviles en sus canastillas de tierra negra y recién removida, y privados aún de flores, parecían crecer lentamente á lo largo de sus soportes de madera descortezados; las ranas, esperando el agua de la lluvia, cantaban en coro en el fondo de la hondonada; y de todos esos ruidos se desprendía una prolongada queja que ascendía á los aires como un sollozo.

Los ruiseñores se llamaban con cortos intervalos, y revoloteaban inquietos de un sitio á otro. Uno de ellos había intentado de nuevo construir su nido en una espesura que había debajo de mi ventana; cuando salí á la azotea, voló á la avenida, lanzó un trino, y luego permaneció silencioso esperando.

Por más que yo quisiese tranquilizarme en medio de mis penas, también esperaba alguna cosa.

Mi marido vino á sentarse junto á mí.

—Temo que sorprenda la lluvia á Katia y á Sonia.

—Yo también...

Siguió un largo silencio.

El nublado, no impedido por el viento, bajaba incesantemente y el aire quedaba cada vez más en calma, más embalsamado y más inmóvil... De repente rebotó una gruesa gota sobre el toldo; otra cayó en la arena del paseo, que la embebió; empezó á desgajarse sobre nuestras cabezas una fresca y copiosa lluvia con violencia creciente.

Callaron las ranas y los ruiseñores; entre el estruendo del aguacero sólo se distinguía aún una queja cada vez más lejana, como un sollozo ahogado; y un pájaro, no sé cuál, que sin duda buscaba abrigo cerca de la azotea en las hojas secas que las ramas conservaban, lanzaba cadenciosamente sus dos notas monótonas.

—¿Dónde vas?—pregunté á Serguei Mikhailovich, tratando de retenerlo.— ¡Se está aquí tan bien!

—Quiero mandar un criado al encuentro de Katia con paraguas y zuecos.

—No es menester; va á cesar la lluvia...

Se avino á mi opinión, y permanecimos solos á la orilla de la azotea. Apoyé la mano en la balaustrada húmeda y escurridiza y saqué fuera la cabeza. Una lluvia fresca me mojó el pelo y el cuello desigualmente.

El ligero nublado se aclaraba y adelgazaba al deshacerse sobre nosotros; cesó el ruido igual de la lluvia, y ya no se oyeron más que las gotas que caían de las hojas.

Las ranas reanudaron su concierto, los ruiseñores se reanimaron y empezaron á llamarse de unos y otros sitios en las espesuras aún empapadas. Todo se despejó delante de nosotros.

—¡Qué hermoso está!—exclamó Serguei medio sentado en la balaustrada y pasando la mano por mis cabellos húmedos.

Esa sencilla caricia me hizo el efecto de una reconvención, y sentí ganas de llorar.

—¿Y qué más necesita el hombre?—añadió.— En este instante estoy tan contento que no me falta nada. ¡Soy completamente feliz!

© Biblioteca Nacional de España

«¡No es así como me hablabas otras veces de tu felicidad!—pensé. ¡Por mucha que fuese esa felicidad, siempre querrías algo! ¡Y ahora estás tranquilo y contento, cuando pesan sobre mi corazón un arrepentimiento no confesado y lágrimas que no se atreven á correr!»

—Yo también encuentro esto hermoso, pero precisamente por ser tan hermoso todo lo que me rodea estoy triste. En mí todo es incompleto, desigual; siempre deseo algo, aun en los momentos en que todo es bello y tranquilo. ¿Es posible que, cuando gozas de la naturaleza, no sientas ningún pesar, como si no deseases nada de lo que ya no existe?

Retiró la mano y se recogió un instante.

—Sí, eso me pasaba en otro tiempo, especialmente en la primavera—respondió como si consultase sus recuerdos.—Yo también pasaba noches enteras esperando y deseando; eran noches deliciosas. Pero entonces tenía toda mi vida delante de mí; ahora está detrás; ahora sé contentarme con lo que tengo, y soy feliz.

—¿Y no deseas nada más?—le pregunté.

—Yo no deseo nada imposible—contestó adivinando mi pensamiento.— Pero vas á mojarte la cabeza—prosiguió acariciándome como á un niño, y volviendo á pasear la mano por mis cabellos.

—¿Y no echas de menos nada del pasado?—continué, sintiendo cada vez mayor peso en el corazón.

Guardó otra vez silencio para reflexionar. Vi que quería responderme con entera franqueza.

—No—dijo al fin melancólicamente.

—¡No es verdad! ¡no es verdad!—exclamé volviéndome hacia él y hundiendo la mirada en sus ojos.— ¿No echas de menos el pasado?

—No—volvió á decir—; le estoy reconocido, pero no lo echo de menos.

—¡Cómo! ¿No deseas que vuelva?...

Se desvió. Sus miradas erraron por el jardín.

—No, no lo deseo, por lo mismo que no deseo tener alas—insistió.— ¡Es imposible!

—¿Y no encuentras nada que deplorar en ese pasado? ¿No le haces cargo ninguno? ¿Ni á mí tampoco me reconvienes nada?

—Jamás. Todo ha marchado de la mejor manera.

—Escucha—dije, tocándole el brazo para obligarle á mirarme de frente.— Escucha; ¿por qué no me has dicho jamás cómo deseabas que viviese? ¿Por qué me diste una libertad de que no he sabido aprovecharme? ¿Por qué dejaste de ser mi guía? Si tú hubieses querido, si tú me hubieses llevado de la mano, no habría pasado nada, nada—; repetí con una voz que delataba más cada vez el despecho y la reconvención, y no el cariño.

—¿Que es lo que no habría pasado?—preguntó con aire de asombro, volviéndose hacia mí.— ¡Pues si no ha pasado nada! Todo va bien, muy bien—añadió sonriendo.

«¿No me comprende, ó, lo que es peor, no quiere comprenderme?»—pensé, y se me saltaron las lágrimas.

—¿Es que, si no hubiese pasado nada, yo, que no te he faltado ni en poco ni en mucho, sufriría el castigo de tu indiferencia y hasta de tu menosprecio?—pregunté á quema ropa.— Si no hubiese ocurrido nada entre nosotros, ¿me habrías tú privado, sin que yo sepa por qué, de todo lo que me era querido en la vida?

—¿Qué tienes, amiga mía?—dijo, como si no me comprendiese.

© Biblioteca Nacional de España

—No, déjame decirlo todo... Me has privado de tu confianza, de tu amor y hasta de tu estima; no puedo creer que me ames ahora después de todo lo que ha sucedido... No—hizo un movimiento para interrumpirme—; por esta vez es preciso que te diga todo lo que me viene pesando en el corazón hace tiempo. ¿Tengo yo la culpa si no conocía la vida, y me has dejado manejarme sola?... ¿Tengo yo la culpa si ahora, cuando he adivinado lo que deseas, cuando durante un año vengo haciendo todo lo posible por atraerte hacia mí, finges no comprender lo que quiero, me rechazas, y sabes conducirte de tal manera, que no encuentro ningún cargo que dirigirte, y yo soy la que me siento culpable y desgraciada? Sí, tú haces todo lo que puedes por lanzarme de nuevo en esa vida que hubiera podido ser mi desgracia y la tuya.

—Pero, ¿de dónde sacas todo eso?—exclamó con una sorpresa no simulada.

—¿No eres tú—proseguí—quien ha dicho ayer mismo que no quieres permanecer en el campo, y que deseas pasar el invierno en San Petersburgo? Todos los días lo repites... ¿No sabes que la ciudad me disgusta? En vez de ayudarme, evitas toda explicación, toda palabra sincera, toda expresión de cariño... Y después, cuando caiga de veras, me abrumarás á reconvenciones y te gozarás de mi caída...

—Basta, basta...—dijo severa y fríamente.— Haces mal en hablar así. Eso sólo prueba que estás mal dispuesta respecto de mí; que no...

—¿Que no te quiero? Dilo, dilo, sí, dilo...

Brotaron las lágrimas de mis ojos; caí sentada en el banco, y escondí la cara en el pañuelo.

«He aquí cómo me comprende»—pensé, esforzándome en contener los sollozos que me ahogaban. Y una voz murmuraba dentro de mí: «¡Ha pasado nuestro antiguo amor! ¡Todo ha concluído, todo!...»

Serguei no se acercó á consolarme. Mis palabras le habían ofendido. Su voz era tranquila y seca.

—¡No sé lo que puedes tener que reconvenirme!—dijo.— Si es porque piensas que eres menos amada que en otro tiempo...

—¡Amada!...—suspiré sollozando, y amargas lágrimas humedecieron mi pañuelo.

—La culpa es del tiempo y nuestra—continuó.— Á cada edad de la vida corresponde cierta manera de amar.

Después de una pausa, añadió:

—¿Y quieres que te diga la verdad, puesto que reclamas franqueza? Así como en la época en que te vi por primera vez pasé noches de insomnio sin pensar más que en ti, creándome un amor que iba siempre creciendo y que me absorbía completamente, así también en San Petersburgo y en el extranjero he pasado noches en vela, luchando contra mí mismo para aniquilar ese amor, que era mi tormento. No lo he aniquilado, pero he extirpado su aguijón; sigo amándote, pero con un amor distinto.

—¿Á eso llamas tú amor? ¡Para mí es una tortura!—exclamé.— ¿Por qué me has permitido frecuentar la sociedad, si la encontrabas tan peligrosa que has dejado de amarme porque yo disfrutaba en ella?

—No es por eso, amiga mía—respondió.

Pero yo insistí:

—¿Por qué no usaste de todo tu poder sobre mí?... ¿Por qué no me pusiste trabas? ¿Por qué no me mataste? ¡Más querría haber muerto que verme privada de todo lo que constituía mi felicidad! Así no hubiese experimentado este sentimiento de vergüenza que me anonada, y hubiese sido feliz.

© Biblioteca Nacional de España

Volví á ocultar la cara y rompí á llorar. En aquel instante subieron á la azotea Katia y Sonia, riendo, alegres y empapadas de agua; pero, al vernos, callaron y se retiraron en seguida.

Hubo un largo silencio; yo había derramado cuantas lágrimas tenía en el corazón, y me sentía aliviada. Miré á mi marido: estaba sentado, con la cabeza apoyada en el brazo; quería responder á mi mirada, pero no pudo más que lanzar un suspiro, y bajó nuevamente la cabeza.

—Sí—dijo, como si continuase sus reflexiones—, todos nosotros, pobres humanos, y especialmente vosotras, las mujeres, necesitáis gustar las futilezas de la vida antes de volver á la vida verdadera; no queréis fiaros en la experiencia de los demás. Tú no habías pasado aún por esa fase de encantadora futileza en que yo te encontraba tan seductora, y te he permitido atravesarla: comprendía que no tenía el derecho de impedírtelo.

—¿Por qué me llevaste á ese mundo frívolo? ¿Por qué me dejaste pasar por él si me amabas?

—Porque, aunque hubieses querido, no hubieras podido sustraerte á ella; necesitabas aprender á conocerla por ti misma, y lo has aprendido.

—Tú has razonado—contesté—¡has razonado mucho, y amado muy poco!

Hubo un nuevo silencio.

—Duro es lo que acabas de decir—respondió finalmente—, pero es verdad.

Se levantó, y empezó á pasearse.

—Sí, es verdad, es culpa mía—añadió deteniéndose enfrente de mí.— Yo no hubiera debido amarte; ¡es culpa mía!

—Olvidémoslo todo—dije tímidamente.

—No, lo pasado no volverá jamás, jamás...

—¡Pero si todo ha vuelto ya!—exclamé poniendo la mano sobre su hombro.

El replicó:

—No, no dije la verdad al declarar que no echaba de menos el pasado. ¡Oh, sí! ¡Lo echo de menos, y lloro aquel amor desvanecido, que ya no existe y que no puede resucitar!... ¿De quién es la culpa? Lo ignoro... Aún hay amor; pero no es ya aquel amor... Su puesto subsiste; pero él se ha consumido en sufrimientos, no tiene ya fuerza, no tiene savia... sólo queda su grato recuerdo... y nada más...

—¡Oh! ¡No hables así!—exclamé interrumpiéndole.— ¡Vuelvan las cosas á ser lo que antes!... ¿Todo puede revivir, verdad?

Y al hacerle esta pregunta miré sus ojos ardientemente.

Pero sus pupilas permanecieron serenas, y su tranquila mirada no tenía la intensidad profunda de otros días. Comprendí entonces que mis deseos eran vanos, y que lo que yo pedía era imposible.

Serguei me respondió:

—¡Qué joven eres aún y qué viejo soy yo!—dijo.— Yo no puedo darte ya lo que reclamas; ¿por qué hacerse ilusiones?—continuó sonriendo siempre.

Permanecí de pie á su lado sin decir una palabra.

—No tratemos de repetir la vida—prosiguió.— ¡No nos engañemos á nosotros mismos!... ¡Felicitémonos, al contrario, de no conocer ya las emociones y las inquietudes de otros tiempos! No tenemos ya nada que buscar; hemos encontrado lo que buscábamos, y no es pequeña nuestra parte de ventura. ¡Ahora nos queda allanar el camino á ese hombrecín!

© Biblioteca Nacional de España

Me señaló el ama que acababa de llegar con Juanito en los brazos.

—Sí, querida amiga—añadió mi marido por remate, y me besó.

No era ya un beso de amante, sino el de un amigo viejo.

Yo miraba á mi marido, y sentía aligerada mi alma, como si acabase de extirparme el nervio moral que me hacía sufrir; de pronto comprendí claramente que las emociones del tiempo pasado no volverían más, como no volvería tampoco ese tiempo, pasado para siempre, y que no sólo era imposible ese retorno, sino que sería además penoso y mortificante.

«Después de todo—me dije—, ¿era tan hermoso aquel tiempo, aunque me haya parecido tán feliz? ¡Qué lejos de mí está ya todo eso!

—Es hora de tomar el te—dijo Serguei Mikhailovich, y entramos juntos en el saloncito.

Al paso de la puerta volví á encontrar al ama con Juanito. Cogí al niño en brazos, lo estreché en mi seno, y lo besé rozándole apenas con los labios. Agitó las manitas como si se despertara, y abrió los ojos inquietos, como si tratase de recordar alguna cosa; de repente posó en mí su mirada, brotó de sus pupilas un rayo de inteligencia, y entreabrió los labios esbozando una sonrisa.

«¡Es mío, mío!»—me dije en un arranque de felicidad, que vibró en todo mi ser; y lo estreché contra mi pecho con transporte.

Empecé á besar ansiosamente sus piececitos fríos y todo su cuerpecín.

Mi marido se acercó á mí; yo le oculté con presteza la cara del niño para destaparla en seguida.

—Juan Sergueievich—dijo, tocándole con el dedo la barbilla.

Levanté la cabeza hacia Serguei Mikhailovich; sus ojos reían y buscaban los míos, y por primera vez desde hacía varios años me causó placer encontrar su mirada.

Aquel día acabó mi novela con mi marido; el antiguo sentimiento no fué ya más que un recuerdo del pasado; pero ha surgido otro—el amor á mis hijos y al padre de mis hijos—que ha abierto ante mí una nueva vida, una vida dichosa, aunque muy distinta de la pasada, y cuya senda recorro aún al presente.

LEÓN TOLSTOÏ.

SECCIÓN LIBRE

SOBRE EDUCACIÓN

NECESIDAD DE QUE LA EDUCACIÓN SEA LIBERTARIA

(CONTINUACIÓN)

¡Monstruosa moral de la familia, que pretendes anular al niño para convertirlo en autómata de sus padres!

La familia, constituída y basada sobre el egoísmo individual y funesta consecuencia de la propiedad, es entidad impotente por el inmoral origen á que obedece, para educar á la niñez por el citado método expansivo, libertario y positivo.

© Biblioteca Nacional de España

La sociedad, esa heterogénea conjunción de seres, cuyos intereses, tendencias y aspiraciones riñen constante batalla unos en pro del *ayer*, otros en pro del *mañana* y los demás en pro del *statu quo*, no puede ser última institución educadora, según afirman algunos.

Dividida artificialmente en clases; compuesta de esclavos y señores, de tiranos y vasallos, de trabajadores y parásitos, de víctimas y verdugos, de robados y bandidos, loco rematado fuera quien confiara la altísima y noble misión de educar á los hombres, á un conjunto tan informe y monstruoso como es la entidad llamada sociedad.

No; la sociedad, tal cual funciona y en tanto descanse sobre la inmoral base que la sostiene, no puede educar á nadie. Es demasiado inmoral para ejercer tan elevada función.

Resultado: las religiones tergiversan, en favor propio, el sentido de la educación. La escuela de hoy, la familia y la sociedad están descartadas para ejercer de educadoras; ¿á quién, pues, confiar la noble tarea de educar á la niñez y al hombre? ¿Dónde hallar individuos aptos y con vocación para cumplir con lo que tan elevada misión exige?

En tal situación, ocúrresenos formular dos preguntas.

¿Cuál es la educación que debe darse al niño para que al alcanzar la edad del hombre sea un miembro sano de la sociedad y útil á sus semejantes?

¿Quiénes deben ejercer de educadores, si se ha de conseguir lo que se menciona en la pregunta anterior?

Contestando á la primera de las dos preguntas diremos, que, según nuestro modo de pensar en asunto de tanta monta, la educación del niño debe ser amplia, liberal, progresiva, integral y positiva; una educación que encauce las energías del niño hacia la práctica del bien *por el bien mismo* y sin espera de recompensa; una educación que haga desaparecer del niño hasta el más insignificante residuo de esa insana aberración que se llama egoísmo individual, la que con su tendencia al mal viene desde los más remotos tiempos produciendo los males político-sociales que aquejan á la doliente humanidad. Hacer que el niño halle un gozo buscando su bienestar individual dentro del vasto campo del bienestar general, y que si fuese preciso, sacrifique espontáneamente su propio bienestar por salvar el de los demás.

Por educación progresiva, liberal, de vida, anárquica si queréis, entendemos nosotros la educación que inculque en el cerebro del niño y le haga sentir amor intenso á la justicia, valiéndose para ello el educador, de imágenes verídicas, de ejemplos prácticos, y cual tangibilidad despierte en el sentimiento del joven, juvenil y razonable entusiasmo por el principio de solidaridad humana, cual sublime principio representa fielmente el verdadero respeto á todos los demás seres.

Si al niño se le guía por el camino de la verdad; si con la verdad se le habla y á la verdad ve en todas las manifestaciones de la vida de relación con los que le rodean, con la verdad contraerá indisoluble lazo y con ella por norma de sus palabras y acciones, entrará á formar parte de esa abstracta conjunción llamada sociedad, dispuesto á propagar, defender y practicar la sublime trilogía, justicia, verdad y solidaridad, palabras cuyo significado es tergiversado por los maestros todos de la escuela actual.

Cuando los encargados de educar á la niñez tengan conciencia de lo importante de su misión, su labor educadora ha de consistir en criticar y anatematizar con energía y demostraciones incontestables el feroz egoísmo individual cuyas diversas fases en que se presenta son la gangrena, el cáncer que corroe á la actual sociedad. Asimismo de-

© Biblioteca Nacional de España

berán atacar de frente y sin más mira que su aniquilamiento ó desaparición, la funesta preocupación referente á la importancia dada al signo de cambio (signo de esclavitud), papel ó moneda, haciendo cuantos esfuerzos pued a el educador hasta conseguir que el niño se compenetre bien de lo ignominioso y servil que es inclinar la frente delante del poseedor de dinero. Demostrarán de la manera más clara posible, que el dinero no ha servido jamás ni servirá para llevar la paz, la armonía y la felicidad al individuo ni á los pueblos, y que, por el contrario, sólo sirve de látigo para azotar el rostro del desheredado y dar medio de desarrollo al microbio parasitario engendrando la pereza y matando las iniciativas y el amor al estudio y al trabajo.

Censurará el educador con firmeza de conceptos, pero en lenguaje apropiado á su infantil auditorio, el derroche que en bacanales orgías, en trenes de boato y en vicios y modas ridículas hacen los poseedores del capital, en tanto yacen y mueren los proletarios en inmundos tugurios faltos de cama y alimentación, y en tanto los hospitales carecen de camas para recoger á numerosos enfermos que faltos de albergue caen exánimes en la vía pública.

Al tratar de la propiedad individual, explicará á sus alumnos el verdadero origen de ésta, de acuerdo con las conclusiones de la moderna economía acrática y comentando las injustas é inmorales leyes que en la actualidad regulan la propiedad, deberá llevar el convencimiento al ánimo de sus discípulos, de que dichas leyes fueron hechas por los poseedores del capital sin consentimiento del proletario, é impuestas á éste *por la fuerza* y por la *astucia*, y que el titulado derecho de propiedad no es otra cosa que la consagración de la violación, del robo y de la explotación llevados á cabo contra la parte sana y viva de la sociedad contra el moderno paria, contra el trabajador.

El educador, haciendo por que sus alumnos se identifiquen con el bien y la verdad, conseguirá que cada uno de éstos, al salir de la escuela, sea un paladín de la libertad, un campeón del progreso y un incorruptible apóstol de la justicia. Que los alumnos sientan admiración y amor por el trabajo; que los discípulos sientan venerando respeto para cuantos con sus esfuerzos han hecho el planeta más habitable; que comprendan que la libertad y el trabajo son los únicos factores del bienestar de los pueblos, y se conseguirá hacer nacer en el niño un sentimiento de repulsión hacia la vagancia, hacia la vida parasitaria y un excelente productor moral, verídico y solidario.

Resumiendo.

Nuestra opinión sobre *lo que la educación debe ser*, es, que para que ésta sea liberal, expansiva, integral y positiva, debe ser lo contrario de lo que hasta aquí se ha venido entendiendo por educación, esto es, debe hacerse por que el niño se capacite y penetre bien de la maldad que encierra y los males que produce la *propiedad individual;* del sangriento ultraje hecho al género humano por los que ejercen la cruel é infame *explotación del hombre por el hombre;* de lo ridículo, grotesco y altamente perjudicial de *las religiones todas;* de la injusticia que informa al absurdo principio de *autoridad* (1), y por fin, enseñarle con demostraciones inconcusas y ejemplos irrebatibles, que sobre los

(1) No se nos oculta lo escabroso que ha de ser en el estado social actual la implantación de reforma tan radical en la educación, escabrosidad que obedece á que la mayoría de los padres, y entre éstos muchos que se llaman libertarios, lo que *exigen* de los maestros es, que *cuanto antes* su hijo aprenda *para su gasto*, esto es, á leer, á escribir y las cuatro reglas simples, importándoles muy poco ó nada eso de la educación, pues dicen que cuando llegue á hombre él, el [illegible] elegirá la educación que más le convenga á sus intereses». Aberración comprensible [illegible] dres ignorantes.

© Biblioteca Nacional de España

miembros sanos y únicos útiles de la sociedad, que sobre el macilento y escuálido proletario, ejerce irresistible presión una losa triangular sobre que asientan su planta los tres injustos poderes que tiranizan al mundo, y éstos son el ejército, el capital y el clero, á los que hay que combatir hasta conseguir su total aniquilamiento, pues en tanto ese trípode esté en pie, es ilusorio esperar que exista entre el género humano la armonía, la paz y la felicidad que todos anhelamos.

Respecto á la segunda pregunta sólo diremos, que, habiendo en España más de 60.000 maestros *titulares*, seguramente no hallaríamos uno dispuesto á admitir con cariño nuestro método de educar, y por esta causa preferimos aconsejar á aquellas localidades donde sea posible abrir escuelas, ó reformar las existentes, no titubeen en confiar la regencia ó dirección de las mismas á compañeros que, reuniendo los conocimientos necesarios para el caso, posean convicción plena de la virtualidad de las ideas ácratas; resultando de esta elección, que las escuelas estarán bajo la dirección de hombres dispuestos á reñir combate á muerte con la falsa educación, que los alumnos serán educados por hombres libres, y de aquí su mejora y perfeccionamiento moral, ya que de maestros libres no podrán salir discípulos esclavos.

Constancio Romeo.

PARA LOS COMPAÑEROS

Es evidente que los hombres actuales, en particular los que luchamos contra lo existente, carecemos generalmense de carácter, ó por lo menos no tenemos el necesario para sostener nuestro criterio en todas partes, con oportunidad, tacto y entereza.

Esto que, según nuestro entender, es una verdad que no puede discutirse, nos coloca en una situación violenta en todas las ocasiones en que hemos de manifestar nuestra opinión, contra la opinión de los demás, y de lo cual nuestro ideal resulta altamente perjudicado.

Las causas de que así suceda son varias, y en este artículo hemos de citar algunas para que los compañeros mediten sobre ellas y las tengan en cuenta, si las creen dignas de ello, en cuantas ocasiones los hechos que presenciemos ó las cuestiones en que intervengamos, exijan nuestra opinión ó nuestra fuerza en defensa de nuestro criterio, que debe ser el que de nuestras convicciones se desprenda.

Con frecuencia, por un falso espíritu de tolerancia, consentimos que los conceptos más absurdos se propalen como verdades, y que los actos más inicuos, por carecer de energía, se cometan ante nosotros sin que protestando, nos distingamos del vulgo, generalmente estúpido.

No somos de los que creen que se debe hacer alarde extemporáneamente de unas ideas que se desconocen, por pasar el tiempo hablando en vez de estudiar, ni entendemos que por el hecho de suponernos anarquistas tengamos derecho á inmiscuirnos en todos los asuntos, á fiscalizarlo todo y con arreglo á un criterio cerrado tratar de brutos á cuantos no sienten y obran como nosotros.

Nuestra opinión es muy distinta.

Como nuestro ideal es la síntesis del progreso humano en sus in[illegible]nificaciones, el constante estudio de todas las cuestiones sociales, tomando [illegible] to de

© Biblioteca Nacional de España

partida la libertad económica de todos los individuos de nuestra especie, debe absorber cotidianamente parte de nuestra actividad intelectual y moral.

Como la instrucción es la fuerza que arrolla cuantos obstáculos se oponen al desenvolvimiento de la humanidad y á cuyo impulso ha caído la tiranía histórica y seguirá cayendo hasta extinguirse completamente, debemos ampararnos de esta fuerza y esgrimirla con todo el acierto de una táctica nueva para que la sociedad que ha de redimir á nuestra clase se aproxime con rapidez vertiginosa.

Estudiando y reflexionando se fabrica la cultura, y en el yunque de la lucha se forja el carácter. Así, cuando en nuestras tertulias íntimas se emitan conceptos falsos, según nuestro entender, que será lógico, porque seremos cultos, impondremos nuestro sano criterio, sin violencias de ninguna especie, y cuantas veces nuestra ingerencia resulte oportuna, propagaremos los ideales que sustentamos, convencidos de que la prudencia y la tolerancia no son sino manifestación evidente de que las preocupaciones predominan en nosotros y deciden nuestra conducta, ni más ni menos que como si fuésemos gentes del montón inconsciente que se llama multitud.

Cuando una injusticia se cometa ante nosotros, si perjuicios superiores al bien que podamos hacer no nos lo impide, y esto es cosa que sólo el estudio y la reflexión pueden decírnoslo, debemos combatirla sin fijarnos en nada más que en la propaganda que con nuestra actitud podamos hacer.

Ser tenaces y abnegados siempre que la lucha nos lo exija, levantará el estado de apatía moral en que vivimos, y como el ejercicio de las facultades, igual que el de la fuerza, perfecciona y ennoblece, por él llegaremos á la necesaria fortaleza para luchar y vencer, ó al menos para luchar con provecho para la redentora propaganda de nuestro ideal.

La creencia de que la vida en sociedad nos impone el sacrificio del silencio y la tolerancia, es, á nuestro entender, errónea y con frecuencia no es sino una actitud preconcebida para justificar debilidades, que después de todo no tienen nada de vergonzosas ó bien para ocultar egoísmos personales, que son cobardías evidentes é hipocresías manifiestas.

Es preciso que luchemos á medida de nuestras fuerzas, nuestro temperamento y convicción, pues todas las energías é iniciativas son necesarias, tanto por el bien que con ello haremos al ideal que profesamos, como por el que á nosotros mismos nos haremos, ya que la higiene moral como cualquiera otra, necesita ejercicio para ser eficaz.

Acostumbrándose á transigir se pierde el derecho á protestar, y tolerando las injusticias se pierde terreno para proseguir la lucha.

La falta de carácter suele ser resultado del «dejad hacer». A la apatía y á la indiferencia se llega por el camino del «dejad decir».

En resumen:

Inspirándonos en el ideal que defendemos, estudiándolo y engrandeciéndolo, debemos combatir cuanto á su implantación se oponga; hacer *más* en su defensa debe ser nuestro lema; combatir todo lo existente nuestro firme propósito.

A. López Rodrigo.

© Biblioteca Nacional de España

TRIBUNA DEL OBRERO

LA REVOLUCIÓN

¿Qué es la revolución?

La revolución es la operación que hace un cirujano con el bisturí en la mano, según dice Víctor Hugo, para extirpar un mal, por ejemplo, un flemón ó un tumor que padece un enfermo, extrayendo la sangre corrompida que envenena todo el cuerpo, y muchas veces la gangrena se apodera de esa sangre, y, sin darse cuenta el enfermo, y, sobre todo, su familia, llega el momento en que el cirujano se ve obligado á ordenar la amputación de una pierna ó de un brazo; y todo porque la familia, por estupidez y por ignorancia, no ha acudido á su debido tiempo con el auxilio necesario para su salvación, muriendo en el más completo abandono; pero la mano de la ciencia, el cirujano, extirpa de raíz el mal, y el enfermo se salva.

Hay padres que ven padecer horriblemente á sus hijos, padecimiento que, al fin y al cabo, produce la muerte; todo, ¿por qué? Porque, educados en la ignorancia, la misma que transmiten á sus hijos, no acuden á la ciencia, á la madre de la civilización, encarnación del progreso, para salvarse ellos al propio tiempo que salvar á sus hijos.

Otros padres, por el contrario, con la misma enfermedad en sus hijos, piden el cirujano, éste opera al enfermo, le extirpa el mal de raíz, y el enfermo se salva.

¡Qué contraste entre el padre embrutecido y el padre instruído!

Hay que desengañarse: no se puede decir, no se debe decir ya esta enfermedad no tiene cura, de la manera absoluta que se ha venido diciendo hasta aquí; esa frase de que «hay que resignarse y someterse á la voluntad de Dios», debe desaparecer; no tiene razón de ser. Hay que substituirla con la de «que la ciencia cumpla su deber», que es más hermosa, más sublime; sobre todo, que es la que salva.

La prueba es evidente: el que aplica remedios radicales, la curación es radical también; en cambio, el que todo lo espera de la *divina Providencia*, sucumbe; y si no, lo demostrarán muchos casos en que hay una tempestad y los creyentes se refugian, en nombre de *esa Providencia*, en una iglesia, y esa Providencia en quien ellos creen, les manda una exhalación y los aplasta.

El enfermo representa al público. ¿Quién lo ha de salvar? El mismo, ejerciendo de cirujano con el bisturí, extirpando de raíz la carcoma de esta sociedad corrompida y depravada.

José Pujol.

MADRID.—Imprenta de Antonio Marzo, Pozas, 12.

© Biblioteca Nacional de España

REVISTAS Y PERIODICOS

QUE PUEDEN ADQUIRIRSE EN ESTA ADMINISTRACIÓN

L'Humanité Nouvelle.—Revista internacional de Ciencia, Literatura y Arte. 15, Rue de Saint-Péres, París.

Criminalogía Moderna.—Talcahuano, 379, Buenos Aires.

Ciencia Social.—Revista mensual de Sociología, Artes y Letras.—Corrientes, 2.041, Buenos Aires.

Revue Franco-Allemand.—22, Allée Carnot.—Le Raincy-prés, París.

Freedom.—Publicación mensual.—127, Ossulston Street, Londres, N. W.

The Workers-Friend.—46, Hanbury St. Spitalfields, Londres, E.

La Nueva Humanidad.—Publicación mensual.—Casilla de Correos, 259, Rosario de Santa Fe.

Les Temps Nouveaux.—Rue Mouffetar, 140, París.

La Protesta.—Lista de Correos, Valladolid.

Fraternidad.—García de Jove, 2, 2.°, Gijón.

La Justicia Obrera.—San Felices, 5, Haro.

El Obrero.—San Blas, 24, principal, Badajoz.

La Protesta Humana.—Calle Chile, 2.274, Buenos Aires.

El Nuevo Ideal.—Maloja, 1, altos, Habana.

El Rebelde.—Casilla Correos, 15, Buenos Aires.

La Questione Sociale.—Box, 1.639, Paterson, New Jersey (U. S. A.).

El Obrero Panadero.—Calle Chile, 2.274, Buenos Aires.

El Despertar.—1.255, 5 tn. Ave Brooklyn, N. Y.

L'Awenire Sociale.—Messina (Italia).

La Redención Obrera.—Palamós.

La Voz de la Mujer.—Calle Uruguay, 846, Rosario de Santa Fe.

A Obra.—Rua do Norte, 165, Lisboa.

La Aurora.—Calle Yaguaron, 247, Montevideo.

Il Diritto.—Rua Silva Jardim, 60, Coritiba (Brasil).

O Protesto.—Rua Evaristo de Veiga, 78, Río Janeiro.

El Grito del Pueblo.—Rua do Riachuelo, 10, Sao Paulo (Brasil).

El Escalpelo.—Calle Méjico, 1.122, Buenos Aires.

El Amigo del Pueblo.—Ciudadela, 270, Montevideo.

Il Pensiero Libertario.—Pisa (Italia).

L'Awenire.—Corrientes, 2.041, Buenos Aires.

Germinal.—Box, 1.136, Paterson, New Jersey.

Retratos.—A diez céntimos ejemplar, los de Pedro Kropotkine, Miguel Bakounine, Emilio Zola, Fermín Salvochea y mártires de Chicago, en magnífico papel couché.

© Biblioteca Nacional de España

LA REVISTA BLANCA

PRECIOS DE SUSCRIPCION

España, Gibraltar y costas de África, un trimestre	*1,50 pesetas.*
Idem íd. íd., un año	*5 —*
Paquete de 12 ejemplares	*2 —*
Un ejemplar	*0,25 —*

En los demás puntos, igual precio, más el importe del franqueo.

Los números atrasados no tienen aumento.

LA REVISTA BLANCA publica un *SUPLEMENTO* semanal, con las siguientes condiciones de suscripción:

España, Gibraltar y costas de África, trimestre	*1 peseta.*
Idem íd. íd., año	*4 —*
Paquete de 30 ejemplares	*1 —*
Número suelto	*0,5 céntimos.*

En los demás puntos, igual precio, más el importe del franqueo.

Los números atrasados no tienen aumento.

© Biblioteca Nacional de España